



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XL: LEMURIA (LA)
Y LOS LEMURIANOS





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XL: LEMURIA (LA) Y LOS LEMURIANOS

Lemuria. Término moderno empleado por algunos naturalistas, y que actualmente usan los teósofos para designar un vastísimo continente que, según la *Doctrina Secreta* del Oriente, precedió a la Atlántida. Su nombre oriental no revelaría gran cosa a los oídos europeos. [La Lemuria constituía un antiquísimo y gigantesco continente, anterior al África y a la Atlántida. Fue destruida por efecto de los terremotos y de los fuegos subterráneos, y sumergida en el fondo del océano desde hace algunos millones de años, dejando sólo como recuerdo de ella varios picos de sus más altas montañas, que ahora son otras tantas islas, entre las cuales figura la llamada Isla de Pascua, famosa por sus estatuas gigantescas. Este vastísimo continente comprendía el sur de África, Madagascar, Ceilán, Sumatra, Océano Indico, Australia, Nueva Zelandia, extendiéndose hasta gran parte del sur del Océano Pacífico. Fue la cuna y residencia de la tercera Raza-madre, o sea de la primitiva humanidad física y sexual, que en aquellos remotos tiempos tenía una estatura gigantesca. Una vez aparecida la Lemuria, surgió la Atlántida.] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Lemurianos. Constituían la tercera Raza-madre. Eran de estatura gigantesca, andróginos y hermafroditas durante los primeros períodos de la Raza, pero más tarde se diferenciaron en formas distintamente masculinas y femeninas. (P. Hoult). –Véase: *Lemuria*. (Glosario Teosófico de H.P.B.)

Tercera Raza (*Lemuriana*).– Ofrece tres tipos perfectamente definidos que designaremos con los nombres de *tercera prima*, *tercera media* y *tercera última*. La tercera prima nació bajo el imperio de *Zukra* (Venus), gracias a cuya influencia se desarrollaron los hermafroditas, quedando las razas separadas bajo *Lohitânga* (Marte), que es la encarnación de *Kâma* o naturaleza pasional. Como todas las formas entonces existentes en la tierra, el hombre era de estatura gigantesca. Era rojo con mucha variedad de matices; tenía la frente deprimida, la nariz chata y las mandíbulas abultadas y salientes. Los divinos andróginos eran de un hermoso y espléndido tinte rojo dorado. En esta Raza se desarrolló el órgano de la visión; al principio era un ojo



único en medio de la frente (llamado más tarde tercer ojo), que brillaba como una joya en su órbita; más adelante fueron dos ojos, pero éstos no tuvieron completo uso hasta la tercera sub-raza de la tercera Raza; y únicamente en la cuarta Raza, cuando el tercer ojo retrocedió al interior convirtiéndose en glándula pineal, añadió el sentido de la vista a los del oído y del tacto. En cuanto a la conciencia, la tercera Raza, por su contacto con *Âtma-Buddhi-Manas*, demostró trinidad. A la conciencia de los contactos del fuego y del aire, añadió los del agua. El lenguaje pasó a ser monosilábico. La reproducción era de tres tipos: en la primera sub-raza se efectuaba por gotas de sudor, y apenas se distinguía el signo sexual en el cuerpo; gradualmente apareció la generación ovípara (tercera y cuarta sub-raza), produciendo seres hermafroditas al principio, y más tarde con predominio de un solo sexo, hasta que por fin nacieron del huevo varones y hembras; en la quinta sub-raza empieza el huevo a quedar retenido en el seno materno, y nace la criatura débil y desvalida; por último, en la sexta y séptima sub-razas ya es general la generación por ayuntamiento de sexos. El hombre de la tercera Raza era contemporáneo del pterodáctilo, del megalosauro y otros animales gigantescos. La cuna de esta Raza fue la Lemuria, llamada Zâlmali en las historias antiguas. (Glosario Teosófico de H.B.P.).

Hijos de la Luz.- Los siete Hijos de la Luz designados con los nombres de sus planetas respectivos (y que el vulgo muchas veces identifica con ellos), son nuestros Padres celestes, o sintéticamente nuestro “Padre”. (*Doctr. Secr.*, I, 628). Se les llama también “Astros” o *Logoi* de la Vida. (*Id.*, 625). – Seres angélicos (*Dhyân Chohans*), los místicos “Vigilantes” de los alquimistas y cabalistas cristianos. (*Id.*, 144). – Véase: *Hijos del Fuego*. – Se designó también con el nombre de Hijos de la Luz o del Sol una de las dos clases en que se dividieron los atlantes primitivos y los habitantes de la Lemuria, clase que estaba en guerra con la opuesta, o sea la de los Hijos de la Noche o de las Tinieblas. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Hijos de las Tinieblas.- Los habitantes de la Lemuria y los primeros atlantes, o sea los lémuro-atlantes, se empeñaron en una lucha entre sí, que empezó en el mismo día en que saborearon el fruto del Árbol de la Sabiduría; lucha entre lo espiritual y lo psíquico, y entre lo psíquico y lo físico. Los que sucumbieron víctima de sus propias naturalezas inferiores, acabaron por ser esclavos de la Materia y convertirse en hijos de las Tinieblas. (*Doctrina Secreta*, II, 284). – Véase: *Hijos de la Luz*. (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Lemuria. Proponemos llamar Lemuria al tercer Continente. Este nombre es una invención o una idea de Mr. P. L. Sclater, quien, entre 1850 y 1860, confirmó con fundamentos zoológicos la existencia real, en tiempos prehistóricos, de un Continente que demostró se extendía desde Madagascar a Ceilán y Sumatra. Incluía algunas partes de lo que ahora se llama África; pero, por lo demás, este gigantesco Continente, que se extendía desde el Océano Indico hasta la Australia, ha desaparecido ahora por completo bajo las aguas del Pacífico, dejando aquí y allá solamente algunas de las cumbres de sus montes más elevados, que en la actualidad son islas. Según escribe Mr. Charles Gould, Mr. A. R. Wallace, el naturalista:

Extiende la Australia de los períodos terciarios a Nueva Guinea y a las Islas de Salomón, y quizás a Fiji, y de sus tipos marsupiales infiere una conexión con el Continente del Norte durante el período Secundario (*Véase Esoteric Buddhism*).

Este asunto se trata muy extenso en otra parte (Hay que tener, sin embargo, en cuenta, que Mr. Wallace no acepta la idea de Mr. Sclater, y hasta se opone a ella. Mr. Sclater supone una tierra o continente que en un tiempo unía el África, Madagascar y la India, pero no la Australia y la India; Mr. A. R. Wallace demuestra en su *Geographical Distribution of Animals and Island Life* que la hipótesis de semejante tierra es por completo innecesaria, bajo los supuestos fundamentos zoológicos. Pero admite que una proximidad mucho mayor entre la India y la Australia debió ciertamente de existir, y en una época tan remota, que era “seguramente pre-terciaria”, añadiendo en una carta privada que “no se había dado nombre alguno a esta supuesta tierra”. Sin embargo, la tierra existió realmente, y, por supuesto, era “pre-terciaria”, pues la Lemuria, si aceptamos este nombre para el tercer Continente, pereció antes que la Atlántida se desarrollase por completo, y la Atlántida se hundió, desapareciendo sus partes principales antes de la terminación del período mioceno). (D.S. III, 10-11).

Son tan evidentes las pruebas de que la actual Polinesia fue un continente desaparecido a consecuencia de un cataclismo geológico, que ya no es posible dudar por más tiempo de su existencia.

Las tres mayores eminencias de este continente que son las islas Sandwich, Nueva Zelanda e islas de Pascua, distan unas de otras de 1.500 a 1.800 leguas, y los archipiélagos intermedios de Viti, Samoa, Tonga, Futuna, Uvea, Marquesas, Tahití, Pumutón y Gambieres distan a su vez de dichos extremos culminantes de 700 a 800 ò 1.000 leguas.

Todos los navegantes convienen en que, dada la actual situación geográfica, los isleños de los extremos no hubieran podido comunicarse con los del centro por la insuficiencia de medios de qué disponían, pues era materialmente imposible



recorrer tan dilatadas distancias en canoa, sin brújula ni provisiones bastantes para una travesía de muchos meses.

Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, Viti, Nueva Zelanda, Samoa, Tahití, etc. No se habían conocido unos a otros ni habían oído hablar unos de otros antes de la llegada de los europeos. No obstante, en todas las islas existía la tradición de haber formado en otro tiempo parte de un vasto continente, que se extendía hacia oriente por el lado de Asia. Además, todos los isleños polinésicos hablan el mismo idioma, tienen las mismas costumbres, profesan la misma religión, y cuando se les pregunta dónde está la cuna de su raza, señalan con la mano hacia poniente. (Isis sin Velo, II, 398-399).

La “leyenda” que se da en *Isis sin Velo* (Vol. I, págs., 589 y siguientes, Ed. Ing) en relación a una parte del globo, a la cual la Ciencia concede ahora que fue la cuna de la humanidad –aunque en verdad sólo fue una de las siete cunas- dice lo siguiente:

Dice la tradición, y los anales del Gran Libro (el Libro de Dzyan) explican, que mucho antes de los días de Ad-am y de su curiosa esposa He-va, en donde ahora sólo se encuentran lagos salados y desiertos estériles desolados, había un vasto mar interior que se extendía sobre el Asia Central, al norte de la altiva cordillera de los Himalayas, y de su prolongación occidental. En este mar había una isla, que, por su belleza sin par, no tenía rival en el mundo, y estaba habitada por los últimos restos de la Raza que precedió a la nuestra.

“Los últimos restos” significan los “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, quienes, con unas cuantas tribus, sobrevivieron al gran cataclismo. Porque la Tercera Raza, que habitaba el gran continente Lemur, fue la que precedió a las verdaderas razas humanas, la Cuarta y la Quinta. Por tanto, se dijo en *Isis sin Velo* que:

Esta raza podía vivir con igual facilidad en el agua, en el aire y en el fuego, porque tenía dominio ilimitado sobre los elementos. Eran los “Hijos de Dios”; no los que vieron las hijas de los hombres, sino los verdaderos Elohim, aunque en la Kabalah oriental tienen otro nombre. Ellos fueron los que comunicaron a los hombres los secretos más extraños de la Naturaleza, y les revelaron la “palabra” inefable, ahora *perdida*.

La “Isla” según se cree, existe hasta hoy día, como un oasis rodeado por las espantosas soledades del Desierto de Gobi, cuyas arenas “ningún pie ha hollado de humana memoria.

Esta palabra, que no es palabra, ha circulado una vez por todo el globo, y todavía languidece como un lejano y moribundo eco, en los corazones de algunos hombres



privilegiados. Los hierofantes de todos los Colegios Sacerdotales conocían esta isla; pero la “palabra” solo era conocida del Java Aleim (Mahâ Chohan en otra lengua), o Señor principal de cada Colegio, y era transmitida a su sucesor sólo en el momento de la muerte. Había muchos de estos Colegios, y los autores clásicos antiguos hablan de ellos.

No había comunicación alguna por mar con la hermosa isla, pero pasajes subterráneos, solamente conocidos de los jefes, comunicaban con ella en todas direcciones (*Ibíd*, II, pág. 590, ed. ing. Hay arqueólogos que, como Mr. James Fergusson, niegan toda gran antigüedad a los monumentos de la India sin excepción. En su obra *Illustrations of the Rock Cut Temples of India* llega a expresar la opinión, por todo extremo extraordinaria, de que “el Egipto había dejado de ser una nación antes de que los primeros templos–grutas fuesen excavados en la India”. En una palabra, no admite la existencia de ningún templo–gruta anterior al reinado de Ashoka, y parece deseoso de probar que la mayoría de estos templos cortados en la roca fueron ejecutados durante un período que se extiende desde el tiempo de aquel piadoso rey buddhista, hasta la destrucción de la dinastía Andhra de Magadha, al principio del siglo V. Creemos que semejante pretensión es perfectamente arbitraria. Descubrimientos sucesivos demostrarán que es errónea e injustificada).

La tradición asegura, y la Arqueología acepta la verdad de la leyenda, que actualmente hay más de una ciudad floreciente en la India, construida sobre otras varias ciudades, constituyendo así una ciudad subterránea de seis o siete pisos de altura. Delhi es una de ellas, Allahabad es otra; y hasta en Europa se encuentran ejemplos, verbigracia, Florencia, la cual está construida sobre varias ciudades, etruscas y otras, difuntas. ¿Por qué, pues, no han podido Ellora, Elefanta, Karli y Ajunta haber sido construidas sobre laberintos y pasajes subterráneos como se asegura? Por supuesto, no aludimos a las cavernas que todos los europeos conocen, ya sea *de visu* o de oídas, a pesar de su mucha antigüedad, aunque hasta esto es discutido por la arqueología moderna; sino al hecho conocido de los brahmanes iniciados de la India y especialmente de los Yogis, de que no hay un templo-gruta en el país que no tenga pasajes subterráneos corriendo en todas direcciones, y que estas cavernas y corredores innumerables subterráneos, tienen a su vez *sus* subterráneos y corredores.

¿Quién puede asegurar que la perdida Atlántida –mencionada también en el *Libro Secreto*, pero igualmente bajo otro nombre, peculiar al lenguaje sagrado- no existía también en aquellos días?.

(seguíamos preguntando). Existía *efectivamente* con toda seguridad, pues se estaba aproximando con toda seguridad, pues se estaba aproximando a sus días de mayor gloria y civilización, cuando el último de los continentes Lemures se hundió.

El Gran Continente perdido puede quizás haber estado situado al sur de Asia, extendiéndose desde la India a la Tasmania (América, cuando se descubrió, era llamada *Atlanta* por algunas tribus indígenas). Si la hipótesis –ahora tan puesta en duda, y positivamente negada por algunos sabios autores, que la consideran como una broma de



Platón- se llega alguna vez a comprobar, entonces quizás los hombres de ciencia creerán que la descripción del continente habitado por Dios no era del todo una pura fábula. Y entonces puede que perciban que las indicaciones veladas de Platón, y el atribuir él la narración a Solón y a los sacerdotes egipcios, no fue más que un modo prudente de comunicar el hecho al mundo, al mismo tiempo que, combinando hábilmente la verdad y la ficción, se descartaba de toda relación directa con un relato cuya divulgación les estaba prohibida, por las obligaciones que la Iniciación le imponía.

Continuando la tradición, tenemos que añadir que la clase de hierofantes estaba dividida en dos categorías distintas: los que eran instruidos por los “Hijos de Dios” de la isla, e iniciados en la divina doctrina de la revelación pura; y otros, que habitaron la perdida Atlántida – si tan ha de ser su nombre; y que siendo de otra raza (producida *sexualmente*, pero de padres *divinos*) nacieron con una vista que penetraba todas las cosas ocultas, y que era independiente, tanto de la distancia como de los obstáculos materiales. En resumen, fueron la cuarta Raza de hombres mencionada en el *Popol Vuh*, cuya vista era ilimitada y que conocían todas las cosas a la vez.

En otras palabras, fueron los Lemuro-Atlantes, los primeros que tuvieron una dinastía de reyes-Espíritus, no de Manes, o “Fantasmas”, como algunos creen, sino de Devas reales vivientes, o Semidioses y Ángeles, que habían asumido cuerpos para gobernar a esta Raza, a la cual instruyeron en artes y ciencias. Sólo que, como estos Dhyânis eran Rûpas o Espíritus materiales, no fueron siempre buenos. Su rey Thevetat fue uno de estos últimos, y bajo la maléfica influencia de este Rey-Demonio, la Raza Atlante se convirtió en una nación de “magos” perversos.

A consecuencia de esto fue declarada la guerra, cuyo relato sería muy largo de narrar; su substancia puede encontrarse en las alegorías desfiguradas de la raza de Caín, los gigantes, y la de Noé y su justa familia. El conflicto concluyó con la sumersión de la Atlántida, que tiene su imitación en las fábulas del diluvio babilónico y mosaico. Los gigantes y los magos “y toda carne pereció. . . y todos los hombres”. Todos excepto Xisuthro y Noé, que son substancialmente idénticos al gran Padre de los Tlinkitianos, quienes dicen se escaparon también en una gran barca como el Noé indo, Vaivasvata.

Si hemos de creer la tradición, tenemos que dar crédito también a la otra historia de que al casarse entre sí la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, resultó una raza mezclada de hombres buenos y perversos. De una parte tuvo el mundo sus Enochs, Moisés, varios Buddhas, numerosos “Salvadores” y grandes hierofantes; y de otra sus “nigromantes *natos*”, que, por falta del poder restringente de la debida luz espiritual. . . pervirtieron sus dones, dedicándolos a fines maléficos.

Como suplemento de lo que antecede, presentaremos el testimonio de algunos anales y tradiciones. En *L’Histoire des Vierges: les Peuples et les Continents Disparus*, dice Louis Jacolliot:



Una de las leyendas más antiguas de la India, conservada en los templos por tradición oral y escrita, refiere que hace varios cientos de miles de años existía en el Océano Pacífico un inmenso continente, que fue destruido por convulsiones geológicas, y cuyos fragmentos pueden encontrarse en Madagascar, Ceilán, Sumatra, Java, Borneo y las islas principales de la Polinesia.

Las altas mesetas del Indostán y Asia, según esta hipótesis, sólo habrían sido, en aquellas lejanas épocas, grandes islas contiguas al continente central. . . Según los brahmanes, este país había alcanzado una elevada civilización, y la península del Indostán, agrandada por el desplazamiento de las aguas, en tiempo del gran cataclismo, no ha hecho más que continuar la cadena de las tradiciones primitivas nacidas de aquel sitio. Estas tradiciones dan el nombre de Rutas a los pueblos que habitaban este inmenso continente equinoccial, y de su lenguaje *se derivó el sánscrito*. La tradición indo-helénica, preservada por la población más inteligente que emigró de las llanuras de la India, refiere también la existencia de un continente y de un pueblo, a los que da los nombres de Atlántida y Atlantes, y que sitúa en el Atlántico, en la parte Norte de los trópicos.

Aparte de este hecho, la suposición de un antiguo continente en aquellas latitudes, cuyos vestigios pueden encontrarse en las islas volcánicas y la superficie montañosa de las Azores, las Canarias y las islas de Cabo Verde, no está desprovista de probabilidad geográfica. Los griegos que, por otra parte, nunca se atrevieron a pasar más allá de las Columnas de Hércules, por causa de su temor al Océano misterioso, aparecieron demasiado tarde en la antigüedad, para que las historias conservadas por Platón puedan ser más que un eco de la leyenda india. Además, cuando arrojamus una mirada sobre un planisferio, a la vista de las islas e islotes esparcidos desde el archipiélago Malayo a la Polinesia, desde el estrecho de la Sonda a la Isla de Pascua, es imposible, partiendo de la hipótesis de que hubo continentes que precedieron a los que habitamos, dejar de colocar allí el más grande de todos.

La creencia religiosa, común a Malaca y Polinesia, esto es, a los dos extremos opuestos del mundo de la Oceanía, afirma “que todas estas islas formaron una vez dos países inmensos, habitados por hombres amarillos y negros, que siempre estaban en guerra; y que los dioses cansados de sus querellas, encargaron al océano que los pacificara, y este se tragó los dos continentes, y desde entonces ha sido imposible conseguir que devuelva a sus cautivos. Sólo las crestas de las montañas y las mesetas elevadas escaparon a la inundación, por el poder de los dioses, que percibieron demasiado tarde el error que habían cometido”.

Sea lo que haya en estas tradiciones, y cualquiera que haya sido el sitio donde se desarrolló una civilización más antigua que la de Roma, de Grecia, de Egipto y de la India, lo cierto es que esta civilización existió, e importa mucho a la ciencia el volver a encontrar sus huellas, por más débiles y fugitivas que sean. (*Op. cit.*, págs. 16-15).

Esta tradición de la Oceanía corrobora la leyenda que se da de los “Anales de la Doctrina Secreta”. La guerra que se menciona entre los hombres amarillos



y los negros, se refiere a la lucha entre los “Hijos de Dios” y los “Hijos de los Gigantes” o pobladores y nigromantes de la Atlántida.

La conclusión final del autor, que visitó personalmente todas las islas de la Polinesia, y que dedicó años al estudio de la religión, lenguaje de casi todos los pueblos, es como sigue:

En cuanto al continente polinesio que desapareció en el tiempo de los últimos cataclismos geológicos, su existencia se funda en tales pruebas, que para ser lógicos no podemos seguir dudando.

Las tres cimas de este continente, las islas Sandwich, Nueva Zelanda y la Isla de Pascua, distan una de otras de mil quinientas a mil ochocientas leguas, i los grupos de islas intermedias, Viti (Fidji), Samoa, Tonga, Futuna (¿Foutouha?), Ouvea (¿Oueeha?), las Marquesas, Tahiti, Pomotu (¿Pomatou?), las Gambier, se hallan distantes de estos puntos extremos de setecientas u ochocientas a mil leguas.

Todos los navegantes están de acuerdo en decir que los grupos extremo y central no han podido jamás comunicarse, en vista de su posición geográfica actual, con los medios insuficientes de que disponían. Es físicamente imposible cruzar semejantes distancias en una piragua. . . sin una brújula, y viajar meses sin provisiones.

Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, de Viti, de Nueva Zelanda, de los grupos centrales, de Samoa, Tahití, etc., *jamás se habían conocido, nunca habían oído hablar unos de otros, antes de la llegada de los europeos. Y sin embargo, cada pueblo de estos sostenía que su isla había formado parte en un tiempo de una inmensa extensión de tierra, que se extendía hacia Occidente hacia el lado de Asia.* Y todos ellos se vio que hablaban la misma lengua, que tenían los mismos usos y costumbres, la misma creencia religiosa. Y todos a la pregunta: “¿Dónde está la cuna de vuestra raza?”, por toda respuesta, *extendían su mano hacia el sol poniente.*

Geográficamente, esta descripción contradice algo los hechos de los Anales Secretos; pero ella muestra la existencia de tales tradiciones, y esto es lo que importa. Porque así como no hay humo sin fuego, así también una tradición tiene que basarse en alguna verdad aproximada.

En su debido lugar mostraremos a la ciencia moderna, corroborando la anterior y otras tradiciones de la Doctrina Secreta, respecto de los dos continentes perdidos. Las reliquias de la Isla de Pascua, por ejemplo, son las memorias más asombrosas y elocuentes de los gigantes primitivos. Son ellas tan grandiosas como misteriosas; y basta con examinar las cabezas de las colosales estatuas que han permanecido intactas, para reconocer de una mirada los rasgos del tipo y carácter atribuidos a los gigantes de la Cuarta Raza. Permanecen de una misma factura, aunque diferentes de fisonomía; de un tipo claramente sensual, tal como los Atlantes (los



Daityas y “Atlantians”) se dice, en los libros Esotéricos indos, que tuvieron. Compárese a estas con las caras de algunas otras **estatuas colosales del Asia Central; por ejemplo, las que se hallan cerca de Bamián, las estatuas-retratos, según nos dice la tradición, de Buddhas pertenecientes a Manvántaras anteriores**; de aquellos Buddhas y héroes que se mencionan en las obras budhistas e indas, como hombres de tamaño fabuloso, hermanos buenos y santos de hermanos couterinos y perversos, generalmente como Râvana, el rey gigante de Lankâ, era hermano de Kumbhakarna; todos descendientes de Dioses por medio de los Rishis, y así como “Titán y su enorme progenie”, todos “primogénitos del Cielo”. Estos “Buddhas”, aunque a menudo estropeados por la representación simbólica de grandes orejas colgantes, muestra una diferencia significativa en la expresión de sus caras, que se percibe a la primera ojeada, de las estatuas de la isla de Pascua. Pueden ser de una misma raza; pero los primeros son “Hijos de Dioses”; los otros la progenie de poderosos hechiceros. Todas estas son, sin embargo, reencarnaciones; y aparte de las inevitables exageraciones de la imaginación y tradiciones populares, son *caracteres históricos*. ¿Cuándo vivieron? **¿Qué tiempo hace que vivieron ambas Razas, la Tercera y la Cuarta; y cuanto tiempo después principiaron las diversas tribus de la Quinta Raza su lucha, las guerras entre el Bien y el Mal?** Los orientalistas nos aseguran que la cronología se halla, a la vez, confundida irremisiblemente y exagerada de un modo absurdo, en los *Purânas* y otras escrituras indas. Estamos conformes con la acusación. Pero si los escritores arios han permitido algunas veces que su péndulo cronológico oscile demasiado lejos en un sentido, más allá del legítimo límite de los hechos; sin embargo, si la distancia de esta división se compara con la distancia de la desviación de los orientalistas en el sentido contrario, se verá que la moderación se encuentra del lado de los brahmanes. A la larga se verá, que el Pandit es el más veraz, y que se halla más cerca de la verdad de los hechos que los sanscritistas. Cuando el sanscritista mutila, aunque se pruebe que lo ha hecho para satisfacción de un objeto personal favorito, la opinión pública occidental lo considera como “una admisión *cautelosa* de los hechos”, mientras que al Pandit se le trata brutalmente en letras de molde de “*embustero*”. Pero seguramente, esto no es una razón para que todos forzosamente que ver esto a la misma luz. Un observador imparcial puede juzgarlo de diferente modo. Puede tratar de poco escrupulosos a ambos historiadores, o bien justificar a ambos en sus respectivos terrenos y decir: los arios escribieron para sus Iniciados, que podían leer la verdad entre líneas; y no para las masas. Si en efecto mezclaron sucesos y confundieron épocas *intencionalmente*, no fue con el objeto de engañar a nadie, sino para guardar sus conocimientos de la vista indiscreta del extranjero. Pero para todo aquel que pueda contar las generaciones desde los Manus, y la *serie de encarnaciones* especificadas en los casos de algunos héroes (así para presentar un ejemplo, se nos muestra un héroe



primogénito, como el “malvado pero valiente monarca” (Purusha) de los Daityas, Hiranyakashipu, muerto por el Avatâra Narasinha (Hombre-león). Luego nació como Râvana, el rey gigante de Lankâ, muerto por Râma; después de lo cual, vuelve a nacer como Shishupâla, el hijo de Rajarshi (rey Rishi) Damaghosha, también muerto por Krishna, última encarnación de Vishnu. La evolución paralela de Vishnu (Espíritu) con un Daitya, como hombre, puede parecer absurda, y, sin embargo, nos da la clave no sólo de las fechas respectivas de Râma y Krishna, sino hasta de cierto misterio psicológico), en los *Purânas*, el significado y orden cronológico están muy claros. En cuanto el orientalista occidental, tiene que ser disculpado, a causa de su innegable ignorancia de los métodos usados por el esotericismo arcaico. (D.S. III, 365-374).

UNA VISTA PANORÁMICA DE LAS PRIMERAS RAZAS

Hay un período de unos cuantos millones de años que cubrir entre la primera raza “sin mente” y los últimos Lemures, altamente inteligentes e intelectuales; hay otro entre la primera civilización de los Atlantes y el período histórico.

Como testigos de los Lemures, sólo quedan unos cuantos anales silenciosos en forma de media docena de colosos rotos y de antiguas ruinas ciclópeas. A éstas no se les presta atención por ser “producto de fuerzas naturales ciegas”, según algunos aseguran; o “enteramente modernas”, según otros. La tradición se pasa por alto, con desdén, por el escéptico y el materialista, mientras que los hombres de Iglesia, demasiado celosos, la hacen en todos los casos servidora de la *Biblia*. Sin embargo, en cuanto una leyenda se niega a armonizarse con la teoría del Diluvio de Noé, es declarada por el clero cristiano “voz delirante y loca de viejas supersticiones”. Se niega la Atlántida, cuando no se la confunde con la Lemuria y otros continentes desaparecidos, porque la Lemuria es quizás, a medias, creación de la Ciencia Moderna, y por tanto, hay que creer en ella; mientras que la Atlántida de Platón es considerada como un sueño, por la mayoría de los científicos.

Los creyentes en Platón describen generalmente la Atlántida como una prolongación del África. Sospechase también que existió un viejo continente en la costa oriental. Pero el África, como continente, nunca formó parte de la Lemuria ni de la Atlántida, como hemos convenido en, llamar al Tercero y Cuarto continentes. Sus nombres arcaicos jamás han sido mencionados en los *Purânas* ni en ninguna otra parte. Pero sólo con que se posea una de las claves Esotéricas, es tarea fácil identificar esas tierras desaparecidas con el sinnúmero de “Tierras de los Dioses”, Devas y Munis, descritas en los *Purânas*, en sus Varshas, Dvîpas y Zonas. Su



Shvetadvîpa, durante los primeros días de la Lemuria, se erigía como un pico–gigante surgiendo del fondo del mar; y el área entre el Atlas y Madagascar estuvo ocupada por las aguas hasta el primer período de la Atlántida, después de la desaparición de la Lemuria, cuando el África surgió del fondo del Océano y el Atlas se sumergió a medias.

Es, por supuesto, imposible intentar, ni aun en la cabida de varios volúmenes, una relación consecutiva y detallada de la evolución y progreso de las primeras tres Razas; y nos limitaremos, por tanto, a exponer ahora una idea general del asunto. La Raza Primera no tuvo historia propia. De la Raza Segunda puede decirse lo mismo. Por tanto, tenemos que conceder cuidadosa atención solamente a los Lemures y Atlantes, antes de intentar la historia de nuestra propia Raza: la Quinta.

Qué es lo que se conoce de otros continentes, además del nuestro, y qué es lo que la historia conoce o acepta de las primeras Razas? Todo lo que se encuentra fuera de las repulsivas especulaciones de la Ciencia Materialista se moteja con el término desdeñoso de “superstición”. Los sabios de hoy día no quieren creer en nada. ¡Las razas “aladas” y *hermafroditas* de Platón, y su Edad de Oro, bajo el reino de Saturno y los Dioses, son tranquilamente retrotraídas por Hæckel a su *nuevo* lugar en la Naturaleza; nuestras Razas Divinas se muestran como descendientes de los monos catarrinos, y nuestro antecesor como un poco de “lodo del mar”!

Sin embargo, según se expresa Faber:

Las *ficciones* de la antigua poesía... se verá un día que encierran una parte de verdad histórica.

A pesar de los esfuerzos parciales del erudito autor de *A Dissertation on the Mysteries of the Cabiri* –esfuerzos dirigidos en sus dos volúmenes a obligar a los mitos y símbolos clásicos del antiguo Paganismo “a que apoyen la verdad de la Escritura”–, el tiempo y las investigaciones posteriores han vengado, al menos en parte, la “verdad”, presentándola *desnuda*. Así ha sucedido que las hábiles componendas de la Escritura son las que han venido a evidenciar, por el contrario, la gran sabiduría del Paganismo Arcaico. Y esto a pesar de la inextricable confusión en que fue puesta la verdad acerca de los Kabiri, los Dioses más misteriosos de la antigüedad, por las extrañas y contradictorias especulaciones del Obispo de Cumberland, del doctor Shuckford, de Cudworth, de Vallancey, etc..., etc., y finalmente, de Faber. Sin embargo, todos estos sabios, desde el primero al último, llegaron a cierta conclusión, formulada por el último del modo siguiente:

No tenemos fundamento para creer que la idolatría del mundo de los Gentiles fue una mera invención arbitraria; por el contrario, parece haber sido construida, casi universalmente, sobre *recuerdos tradicionales de ciertos sucesos reales*. *Estos sucesos entiendo que son*



la destrucción de la primera [la Cuarta, en la Enseñanza Esotérica] raza de la humanidad, por las aguas del Diluvio (Ob. cit., I, 9).

A esto añade Faber:

Estoy convencido de que la tradición del hundimiento de la isla Flegia es la misma que la del hundimiento de la isla Atlántida. Ambas me parece que aluden a un gran suceso: al hundimiento del mundo entero bajo las aguas del diluvio, o al alzamiento del agua central, si suponemos que la bóveda de la tierra permaneció en su posición original. En efecto, M. Bailly, en su obra sobre los Atlantes de Platón, cuyo objeto es evidentemente depreciar la autoridad de la cronología bíblica, trata de probar que los Atlantes eran una nación del Norte, muy antigua y muy anterior a los Indos, a los Fenicios y a los Egipcios (*Ibid.*, II, 283-284).

En esto está Faber de acuerdo con Bailly, quien se muestra más instruido y con más intuición que los que aceptan la cronología bíblica. Tampoco se equivocaba Bailly al decir que los Atlantes eran lo mismo que los Titanes y Gigantes (Véanse sus *Lettres sur l'Atlantide*). Faber adopta tanto más gustoso la opinión de su cofrade francés cuanto que Bailly menciona a Cosme Indicoplesta, que conservaba una antigua tradición acerca de Noé, de que había “habitado en otro tiempo la *isla* Atlántida”. Que esta isla sea la “Poseidonis” mencionada en el *Esoteric Buddhism* (8ª edic., págs. 67, 73) o el Continente de la Atlántida, importa poco. La tradición existe, registrada por un cristiano.

Ningún Ocultista pensaría jamás en privar a Noé de sus prerrogativas, si se pretendiese que era un Atlante; pues esto demostraría sencillamente que los israelitas han repetido la historia del Manu Vaivasvata, de Xisuthros y tantos otros, y que sólo han cambiado el nombre, lo cual podían hacer con el mismo derecho que cualquiera otra nación o tribu. A lo que nosotros nos oponemos es a la aceptación literal de la cronología bíblica, por ser absurda y estar en desacuerdo tanto con los antecedentes geológicos como con la razón. Por otra parte, si Noé era un Atlante, entonces era un Titán, un Gigante, como lo indica Faber; y si era un Gigante, ¿entonces por qué no lo presentan como tal en el *Génesis*? (Esto lo indica también Faber, como cristiano piadoso, diciendo que: “A la familia de Noé le daban también... el nombre de Atlantes y Titanes; y al mismo gran patriarca le llaman, en sentido de eminencia, Atlas y Titán” (*Ibid.*, II, 285) Y si es así, entonces, *con arreglo a la Biblia*, Noé debió haber sido descendiente de los Hijos de Dios, los Ángeles caídos, según la misma autoridad, y de las “hijas de los hombres que eran hermosas” (Véase *Génesis*, VI). ¿Y por qué no, puesto que su padre Lamech mató a un hombre, y fue, como todos sus hijos e hijas que perecieron en el Diluvio, tan malo como el resto de la humanidad?).

El error de Bailly fue el rechazar la sumersión de la Atlántida, y llamar a los Atlantes, sencillamente, nación del Norte y *postdiluviana*; la cual, sin embargo, floreció ciertamente, como él dice, antes de la fundación de los imperios Indo, Egipcio y



Fenicio. Si él hubiese conocido la existencia de lo que hemos convenido en llamar la Lemuria, hubiera tenido también razón en esto. Porque los Atlantes eran postdiluvianos respecto de los Lemures, y la Lemuria no fue sumergida como la Atlántida, sino que se *hundió* bajo las olas, debido a temblores de tierra y a fuegos subterráneos, como sucederá un día con la Gran Bretaña y Europa. La ignorancia de nuestros hombres de ciencia es la que no quiere aceptar la tradición de que varios Continentes se han hundido ya, ni la ley periódica que obra durante el Ciclo Manvantárico: esta ignorancia es la causa principal de toda la confusión. Tampoco se equivoca Bailly cuando nos asegura que los indos, egipcios y fenicios vinieron después que los Atlantes, pues éstos pertenecían a la Cuarta Raza, mientras que los Arios y su Rama Semítica son de la Quinta. Platón, al paso que repite la historia según los sacerdotes de Egipto la refirieron a Solón, confunde intencionalmente (como lo hacía todo Iniciado) los dos continentes, y aplica a la pequeña isla que se hundió la última todos los sucesos pertenecientes a los dos enormes continentes: el prehistórico y el tradicional. Por tanto, describe *la primera pareja*, que pobló toda la isla, como habiendo sido formada de la Tierra. Al decir esto, no quiere significar a Adán y Eva, ni tampoco a los antepasados helénicos. Su lenguaje es sencillamente alegórico, y al mencionar la “Tierra” quiere significar la Materia, pues los Atlantes fueron realmente la primera Raza puramente *humana y terrestre*, toda vez que las que la precedieron eran más divinas y etéreas que humanas y sólidas.

Sin embargo Platón debía conocer, como cualquier otro Adepto iniciado, la historia de la Tercera Raza después de su “Caída”, aunque, obligado al silencio y al secreto, nunca demostró su conocimiento. Sin embargo, ahora sería más fácil hacerse cargo, después de conocer aunque no sea más que la cronología aproximada de las naciones orientales –la cual se fundaba toda en los cálculos arios, por los cuales se guiaba–, para comprender los inmensos períodos de tiempo que han debido transcurrir después de la separación de los sexos, sin mencionar la Primera Raza Raíz, ni aun siquiera la Segunda. Como éstas tienen que quedar fuera de la comprensión de las mentes educadas en el pensamiento occidental, consideramos inútil hablar detalladamente de la Primera y Segunda Razas, y hasta del primer período de la Tercera (En el maravilloso volumen de Donnelly, *Atlantis, the Antediluvian World*, el autor, hablando de las colonias Arias de la Atlántida y de las artes y ciencias –legado de la Cuarta Raza–, declara valientemente que “los fundamentos de las instituciones de hoy día provienen de la Edad Miocena”. Ésta es una enorme concesión para un sabio moderno; pero la civilización se remonta a un período aún más remoto que los Atlantes Miocenos. Llegará un día a descubrirse el hombre del período Secundario y con él su civilización, por tanto tiempo olvidado. [Véase cap. III, pág. 30,]. Principiaremos, pues, por el período en que esta última alcanzó por completo el estado humano, para evitar así que el lector no iniciado se confunda y extravíe irremisiblemente.



La **TERCERA RAZA CAYÓ** y no creó más; ella *engendró* su progenie. Como en la época de la separación estaba aún sin mente, engendró además una descendencia anómala, hasta que su naturaleza fisiológica ajustó sus instintos en la dirección debida. Lo mismo que los “Señores–Dioses” de la *Biblia*, los “Hijos de la Sabiduría”, los Dhyân Chohans, la habían prevenido de no tocar el fruto prohibido por la Naturaleza; pero el aviso resultó inútil. Los hombres comprendieron lo impropio –no es preciso decir el pecado– de lo que habían hecho, sólo cuando era demasiado tarde; después que las Mónadas Angélicas de Esferas superiores hubieron encarnado en ellos, dotándoles de entendimiento. Hasta aquel día habían permanecido sencillamente físicos, lo mismo que los animales generados por ellos. Porque ¿cuál es la distinción? La Doctrina enseña que la única diferencia entre los objetos animados e inanimados en la Tierra, entre la estructura animal y la humana, es que en unos están latentes los diversos “Fuegos”, y en otros son **activos**. Los *Fuegos vitales* están en todas las cosas, y ni un átomo está privado de ellos. Pero ningún animal posee manifestados los tres “principios” superiores; sólo se hallan sencillamente en estado potencial, latente, y por tanto, no *existente*. Y así estarían hoy día las formas animales de los hombres si hubiesen sido dejadas tales como salieron de los cuerpos de sus Progenitores, cuyas Sombras eran, para desenvolverse, desarrolladas únicamente por los poderes y fuerzas inmanentes en la Materia. Pero, según se dice en el *Pymander*:

Éste es un Misterio que hasta hoy estaba sellado y oculto. La Naturaleza (La Naturaleza es el Cuerpo *Natural*, la Sombra de los progenitores) mezclada con el Hombre (El “Hombre Celeste” como ya se ha dicho), produjo un milagro portentoso; la mezcla armónica de la *esencia de los Siete* [Pitris, o Gobernadores] y la suya propia; el *Fuego*, y el *Espíritu y la Naturaleza* [el Númeno de la Materia]; los cuales [mezclándose] produjeron siete hombres de sexos opuestos [negativo y positivo] con arreglo a las esencias de los siete Gobernadores (*Divine Pymander*, I, 16).

Así dice Hermes, el tres veces gran Iniciado (El *Pymander* de nuestros museos y bibliotecas es un compendio de uno de los Libros de Thoth, por un Platónico de Alejandría. Fue vuelto a arreglar en el siglo III con arreglo a antiguos manuscritos hebreos y fenicios, por un kabalista judío, y llamado el *Génesis de Enoch*. Pero hasta sus restos desfigurados muestran cuánto concuerdan estos textos con la Doctrina Arcaica, como se ve en la creación de los Siete Creadores y Siete Hombres Primitivos. En cuanto a Enoch, Thoth o Hermes, Orfeo y Cadmo, son todos nombres genéricos, ramas y retoños de los Siete primordiales Sabios –Dhyân Chohans o Devas encarnados en cuerpos, *ilusorios*, no mortales– que enseñaron a la Humanidad todo lo que sabían, y cuyos primeros discípulos tomaron los nombres de sus Maestros. Esta costumbre pasó de la Cuarta Raza a la Quinta. De aquí la igualdad de las tradiciones acerca de Hermes –los egiptólogos cuentan cinco de éstos–, Enoch, etc.; todos ellos son inventores de letras; ninguno de ellos muere; viven todavía, y son los primeros Iniciadores y fundadores de los Misterios. Últimamente fue cuando el *Génesis de Enoch* desapareció de entre los kabalistas. Guillermo Postel lo vio. Era ciertamente en gran parte una copia de los Libros de Hermes, y anterior a los Libros de Moisés, según Eliphas Lévi dice a sus



lectores), el “Poder del Pensamiento Divino”. San Pablo, otro Iniciado, llamó a nuestro Mundo “el espejo enigmático de la verdad pura”, y San Gregorio de Nacianceno corroboró a Hermes declarando que:

Las cosas visibles no son sino la sombra y delineación de cosas que no podemos ver.

Es ésta una eterna combinación, y las imágenes se repiten desde el peldaño superior de la Escala del Ser hasta el inferior. La “Caída de los Ángeles” y la “Guerra en los Cielos” son repetidas en todos los planos; el “espejo” inferior desfigura la imagen del “espejo” superior, y cada uno lo repite a su modo. Así, los dogmas cristianos no son sino las reminiscencias de los paradigmas de Platón, quien hablaba de estas cosas con prudencia, como lo haría todo Iniciado. Pero todo esto se halla expresado en estas pocas sentencias del *Desatir*:

Todo lo que hay en la tierra –dice el Señor [Ormuzd]– es la *sombra de algo que existe en las esferas superiores*. Este objeto luminoso [luz, fuego, etc.] es la sombra de lo que es más luminoso aún que él, y así sucesivamente hasta que llega a mí, que soy la luz de las luces.

En los libros kabalísticos, principalmente en el *Zohar*, está muy pronunciada la idea de que todas las cosas objetivas de la Tierra o de este Universo son la “Sombra” (Dyooknah) de la luz o Deidad eterna.

La Tercera Raza fue en un principio, de modo preeminente, la “Sombra” brillante de los Dioses, a quienes la tradición destierra sobre la Tierra después de la alegórica Guerra en los Cielos. Ésta fue aún más alegórica en la Tierra, pues fue la Guerra entre el Espíritu y la Materia. Esta guerra durará hasta que el Hombre Interno y Divino adapte su yo externo terrestre a su propia naturaleza espiritual. Hasta entonces las fieras y tenebrosas pasiones de ese yo estarán en lucha constante con su Maestro, el Hombre Divino. Pero el *animal* será domado un día, porque su naturaleza cambiará, y la armonía reinará una vez más entre los dos como antes de la “Caída”, cuando el mismo hombre mortal era “creado” por los Elementos en lugar de nacer. (D.S. III, 438-446).

Pero, volviendo a las razas. Los detalles acerca de la sumersión del Continente habitado por la Segunda Raza-Raíz no son numerosos. Se da la historia de la Tercera o Lemuriana, como también la de los Atlantes; pero sólo se alude a las otras. **Se dice que la Lemuria pereció sobre 700.000 años antes del principio de lo que ahora se llama la Edad Terciaria (el Eoceno). Durante este Diluvio (esta vez un verdadero diluvio geológico) al Manu Vaivasvata se le muestra salvando también a la especie humana –en realidad a una parte de ella, la**



Cuarta Raza- precisamente lo mismo que salvó a la Quinta Raza cuando la destrucción de los últimos Atlantes, los restos que perecieron hace 850.000 años, después de lo cual ya no volvió a haber ninguna gran sumersión hasta los días de la Atlántida de Platón, o Poseidonis, la cual era conocida de los egipcios sólo porque aconteció en tiempos relativamente recientes.

La sumersión de la gran Atlántida es la más interesante. Ése es el cataclismo del cual los anales antiguos, tales como el *Libro de Enoch*, dicen: “los extremos de la Tierra. Se aflojaron” y sobre el cual se han construido las leyendas y alegorías de Vaivasvata, Xisuthros, Noé, Deucalión y todos los *tutti quanti* de los Elegidos Salvados. Como la tradición no tiene en cuenta la diferencia entre los fenómenos siderales y los geológicos, llama a ambos “Diluvios”, sin distinguir. Sin embargo, hay una gran diferencia. El Cataclismo que destruyó el enorme Continente, del cual es la Australia la reliquia mayor, fue debido a una serie de convulsiones subterráneas, y a la ruptura del lecho de los mares. El que destruyó a su sucesor, el Cuarto Continente, fue ocasionado por disturbios sucesivos de la rotación del eje. Principió durante los primeros períodos Terciarios, y continuando durante largas edades, se llevó sucesivamente los últimos vestigios de la Atlántida, con la excepción, quizás, de Ceilán y una pequeña parte de lo que es ahora el África. Cambió él la faz del globo, sin que haya quedado memoria alguna de sus florecientes continentes e islas, de su civilización y ciencias, en los anales de la historia, excepto en los Anales Sagrados del Oriente.

Por esto niega la Ciencia Moderna la existencia de la Atlántida. Niega ella hasta todo cambio violento del eje de la Tierra y quisiera atribuir el cambio de climas a otras causas. Pero esta cuestión continúa en pie. Si el Dr. Croll afirma que todas esas alteraciones pueden explicarse por los efectos de la nutación y de la precesión de los equinoccios, hay otros, tales como Sir Henry James y Sir John Lubbock (Véase *The Aethæum*, agosto 25, 1860), que están más inclinados a aceptar la idea de que son debidas a un cambio en la posición del eje de rotación. En contra de esto están a su vez la mayoría de los Astrónomos. Esto no obstante, ¿qué es lo que han dejado siempre de negar y de combatir, sólo para aceptarlo más tarde, cuando la hipótesis se ha convertido en un hecho innegable?

Más adelante, en la Adenda del volumen IV, se verá en cuánto concuerdan, o más bien, están en desacuerdo, nuestras cifras con la Ciencia Moderna, al comparar cuidadosamente la Geología y la Antropología de nuestra época moderna con las enseñanzas de la Ciencia Arcaica. En todo caso, el período asignado por la Doctrina Secreta al hundimiento de la Atlántida no parece estar muy en desacuerdo con los cálculos de la Ciencia Moderna, la cual, sin embargo, llama “Lemuria” a la Atlántida, siempre que admite tal Continente sumergido. . . (D.S. III, 521-523).



Dice la Estancia XI: “ELLOS (los Lemures) CONSTRUYERON ENORMES CIUDADES. CON TIERRAS Y METALES RAROS ELLOS CONSTRUÍAN, DE LOS FUEGOS (lava) VOMITADOS, DE LA PIEDRA BLANCA (mármol) DE LAS MONTAÑAS Y DE LA PIEDRA NEGRA (de los fuegos subterráneos), TALLARON SUS PROPIAS IMÁGENES A SU TAMAÑO Y SEMEJANZA, Y LAS ADORABAN”.

En este punto, a medida que prosigue la historia de las dos primeras razas *humanas* –la última de los Lemures y la primera de los futuros Atlantes- tenemos que mezclar las dos, y hablar de ellas colectivamente por algún tiempo.

También se refiere esto a las Dinastías *divinas*, que los egipcios, caldeos, griegos, etc. han pretendidos que precedieron a sus Reyes *humanos*. En ellos creen todavía los indos modernos, y están enumeradas en sus libros sagrados. Pero de esto trataremos en su debido lugar. Lo que queda por indicar es que nuestros geólogos modernos se inclinan hoy a admitir la existencia demostrable de continentes sumergidos. Pero confesar la existencia de los continentes es una cosa muy diferente a admitir que hubiera hombres en ellos durante los primeros períodos geológicos (más aún, hombres y naciones civilizadas, no sólo salvajes Paleolíticos), los cuales, bajo la dirección de sus *divinos* Regentes, construyeron grandes ciudades, cultivaron artes y ciencias, y conocieron la Astronomía, la Arquitectura y las matemáticas a la perfección. La civilización primitiva de los Lemures no siguió inmediatamente, como pudiera creerse, a su transformación fisiológica. Entre la evolución fisiológica final, y la primera ciudad construida, pasaron muchos cientos de miles de años. Sin embargo, encontramos a los Lemures en su sexta sub-raza, construyendo sus primeras ciudades de rocas, con piedras y lava. Una de estas grandes ciudades de estructura primitiva fue construida completamente de lava, a unas treinta millas al Oeste de donde la isla de Pascua extiende ahora su estrecha tira de suelo estéril, y fue por completo destruida por una serie de erupciones volcánicas. Los restos más antiguos de las construcciones Ciclópeas fueron todas obra de las últimas sub-razas de los Lemures; y un Ocultista, por tanto, no se sorprende al saber que las reliquias de piedra encontradas en el pequeño trozo de tierra llamado isla de Pascua por el Capitán Cook, son: “Muy parecidas a las paredes del Templo de Pachacamac, o a las ruinas de Tia-Huanaco en el Perú”, y también que ellas son de *estilo Ciclópeo*. Las primeras grandes ciudades, sin embargo, fueron construidas en esa región del Continente conocida ahora por la isla de Madagascar. **En aquellos tiempos, lo mismo que hoy, había gentes civilizadas y salvajes. La evolución llevó a cabo su obra de perfección en las primeras, y Karma su obra de destrucción en los últimos. Los australianos y**



sus semejantes son descendientes de aquellos que, en lugar de vivificar la Chispa proyectada en ellos por las “Llamas”, la extinguieron por largas generaciones de bestialidad. En cambio las naciones arias pueden trazar su descendencia a través de los Atlantes, desde las razas más espirituales de los Lemures, en quienes los “Hijos de la Sabiduría” encarnaron personalmente.

Con el advenimiento de las Dinastías divinas, principiaron las primeras civilizaciones. Y mientras, en algunas regiones de la Tierra, una parte de la humanidad prefería llevar una vida nómada y patriarcal, y en otras el hombre salvaje apenas iba aprendiendo a hacer fuego y a protegerse contra los Elementos, sus hermanos más favorecidos que él por su Karma, y ayudados por la inteligencia divina que les animaba, construyeron ciudades, y cultivaron las artes y las Ciencia. Sin embargo, a pesar de la civilización, al paso que sus pastoriles hermanos gozaban de poderes asombrosos por derecho de nacimiento, los “constructores” sólo podían ahora adquirir sus poderes gradualmente; y hasta los que llegaban a obtener, los empleaban generalmente para conquistas sobre la naturaleza física, y en objetos egoístas y malos. La civilización ha desarrollado siempre lo físico y lo intelectual, a expensas de lo psíquico y espiritual. El dominio sobre la propia naturaleza psíquica, y su dirección, que los necios asocian ahora con lo sobrenatural, eran facultades innatas y congénitas que venían al hombre, en la primitiva Humanidad, tan naturalmente como el andar y el pensar. “No hay tal magia” –dice filosóficamente “She”-, olvidando el autor que la “magia”, en los tiempos antiguos, significaba todavía la gran Ciencia de la Sabiduría, y que Ayesha no era posible que supiera nada de la perversión moderna del pensamiento, “aunque –añade- existe lo que se llama conocimiento de los Secretos de la Naturaleza”. Pero ellos se han convertido en “Secretos” solamente para nuestra Raza, y era propiedad pública en la Tercera.

Gradualmente, especie humana disminuyó en estatura, pues, aun antes del advenimiento real de la Cuarta Raza Atlante, la mayoría de la Humanidad había caído en el pecado y la iniquidad, excepto solamente la jerarquía de los “Elegidos”, los partidarios y discípulos de los “Hijos de la Voluntad y del Yoga” (llamados más tarde los “Hijos de la Niebla de Fuego”).

Luego vinieron los Atlantes; cuya hermosura y fuerza físicas alcanzaron su apogeo, con arreglo a la ley evolucionaria, hacia el período medio de su Cuarta sub-raza. Pero, según dice el Comentario: *Los últimos supervivientes del hermoso hijo de la isla Blanca (la primitiva Shvetadvîpa), habían perecido edades antes. Sus Elegidos (de la Lemuria), se habían refugiado en la Isla Sagrada, (actualmente la Shamballah “fabulosa”, en el desierto de Gobi), al paso que alguna de sus razas malditas,*



separándose del tronco principal, vivían entonces en las selvas y bajo tierra (los “hombres de las cavernas”), cuando la Raza amarillo dorada (la Cuarta) se convirtió a su vez en “negra por el pecado”. De polo a polo la Tierra había cambiado su faz por tercera vez, y no estaba ya habitada por los Hijos de Shveta-dvîpa, la bendita, y de Adbhitanya (¿), al Este y al oeste, el primero, el uno y el puro, se habían corrompido. . . Los Semi-Dioses de la Tercera habían cedido el sitio a los Semi-Demonios de la Cuarta Raza. Shveta-dvîpa (las partes Norte del Toyâmbudhi, o mar de agua fresca, en Shveta-dvîpa, fueron las que visitaron los siete Kumâras - Sanaka, Sananda, Sanâtana, Sanatkumâra, Jâta, Vodhu y Panchashikha- según la tradición exotérica), la Isla Blanca, había velado su faz. Sus hijos vivían ahora en la Tierra Negra, en donde, más adelante, los Daityas del séptimo Dvîpa (Push kara) y los Râkshasas del séptimo clima, reemplazaron a los Sâdhus y Ascetas de la Tercera Edad, que habían descendido a ellos de otras regiones más elevadas. . .

En su letra muerta los *Purânas*, en general, no muestran más que un tejido absurdo de cuentos de hadas. Y si se leyeran los primeros tres capítulos del libro II del *Vishnu Purana*, y se aceptara el pie de la letra la geografía, geodesia y etnología en el relato de los siete hijos de Priyavrata, entre quienes su padre divide las siete Dvîpas (Islas o Continentes); y se prosiguiera luego en el estudio de cómo su hijo mayor Agnîdhra, el Rey de Jambu-dvîpa, dividió Jambu-dvîpa entre sus nueve hijos; y después, como Nâbhi, su hijo, tuvo cien hijos y dividió tierras a su vez entre todos ellos, es casi seguro que se tiraría el libro clasificándolo como un fárrago de necedades. Pero el estudiante de esoterismo comprenderá que, cuando los *Purânas* de escribieron, se hizo esto intencionalmente, de modo que su verdadero significado sólo fuese claro para los brahmanes Iniciados; y por esto los compiladores escribieron estas obras alegóricamente y no quisieron dar *toda* la verd En su letra muerta los *Purânas*, en general, no muestran más que un tejido absurdo de cuentos de hadas. Y si se leyeran los primeros tres capítulos del libro II del *Vishnu Purana*, y se aceptara el pie de la letra la geografía, geodesia y etnología en el relato de los siete hijos de Priyavrata, entre quienes su padre divide las siete Dvîpas (Islas o Continentes); y se prosiguiera luego en el estudio de cómo su hijo mayor Agnîdhra, el Rey de Jambu-dvîpa, dividió Jambu-dvîpa entre sus nueve hijos; y después, como Nâbhi, su hijo, tuvo cien hijos y dividió tierras a su vez entre todos ellos, es casi seguro que se tiraría el libro clasificándolo como un fárrago de necedades. Pero el estudiante de esoterismo comprenderá que, cuando los *Purânas* de escribieron, se hizo esto intencionalmente, de modo que su verdadero significado sólo fuese claro para los brahmanes Iniciados; y por esto los compiladores escribieron estas obras alegóricamente y no quisieron dar *toda* la verdad a las masas. (D.S. III, 525-531).



. . .Tales fueron los primeros hombres físicos verdaderos, cuya primera cualidad característica fue el orgullo. El recuerdo de esta Tercera Raza y de los gigantescos Atlantes es el que se ha transmitido de unas razas y generaciones a otras hasta los días de Moisés, y que ha encontrado forma objetiva en los gigantes antediluvianos, esos terribles hechiceros y magos, de quienes la Iglesia Romana ha conservado unas leyendas tan vívidas y al mismo tiempo tan desfiguradas. Cualquiera que haya leído y estudiado los Comentarios de la Doctrina Arcaica reconocerá fácilmente en algunos de estos Atlantes a los prototipos de los Nimrods, de los Constructores de la Torre de Babel, de los Hamitas y todos esos *tutti quanti* de “maldecida memoria”, según se expresa la literatura teológica; en una palabra, de aquellos que han proporcionado a la posteridad los tipos ortodoxos de Satán. Y esto nos conduce naturalmente a inquirir la ética religiosa de estas Razas primeras, por mítica que sea.

¿Cuál fue la religión de la Tercera y Cuarta Razas? En el sentido ordinario del término, ni los Lemures ni tampoco su progenie los Lemuro-Atlantes, tenían ninguna; pues no conocían los dogmas, ni tenían que creer *por la fe*. Tan pronto como se abrió al entendimiento el ojo mental del hombre, la Tercera Raza se sintió una con el siempre presente, así como siempre desconocido e invisible, Todo, la deidad Universal Única. Dotado de poderes divinos y sintiendo en sí mismo a su Dios *interno*, cada uno sentía que era un Dios-Hombre en su naturaleza, aunque un animal en su ser físico. La lucha entre los dos principió el mismo día que probaron el fruto del Árbol de la sabiduría; lucha por la vida entre lo espiritual y lo psíquico y lo físico. Los que dominaron los “principios” inferiores, obteniendo la subyugación del cuerpo, se unieron a los “Hijos de la Luz”. Los que cayeron víctimas de sus naturalezas inferiores, se convirtieron en esclavos de la Materia. De “Hijos de la Luz y de la Sabiduría”, concluyeron por ser “Hijos de las Tinieblas”. Cayeron en la batalla de la vida mortal con la Vida Inmortal, y todos los que cayeron así, fueron la semilla de las futuras generaciones de Atlantes (el nombre se emplea aquí en el sentido y como sinónimo de “hechiceros”. Las Razas Atlantes, fueron muchas, y su evolución duró miles de años. Todos no eran malos, pero se hicieron tales hacia el final de su ciclo, como nosotros, la Raza quinta, nos estamos haciendo a toda prisa).

Así, pues, en el amanecer de su conciencia, el hombre de la Tercera Raza-Raíz no tenía creencias que pudieran llamarse *religión*. Esto es; no sólo ignoraba las “brillantes religiones llenas de pompa y oro”, sino hasta todo sistema de fe o de culto externo. Pero si el término se define, como la unión de las masas en una forma de reverencia hacia lo que sentimos superiores a nosotros, y de respeto (como el sentimiento que expresa el niño hacia el padre amado), entonces hasta los primeros Lemures, desde el principio mismo de su vida intelectual, tuvieron una religión, y



una de las más hermosas. ¿no tenían a los brillantes Dioses de los Elementos a su alrededor, y hasta dentro de ellos mismos ¿no pasaban su infancia, no eran criados y atendidos, por aquellos que les habían dado el ser y los habían traído a la vida consciente inteligente? Se nos asegura que así fue, y lo creemos. Pues la evolución del Espíritu en la Materia no hubiera podido tener nunca lugar, ni hubiese recibido su primer impulso, si los brillantes Espíritus no hubiesen sacrificado sus esencias *supra-etéreas* respectivas para animar al hombre de barro, dotando a cada uno de sus “principios” internos, con una parte, o más bien con un reflejo, de esta esencia. Los Dhyânîs de los Siete Cielos –los siete planos del Ser- son los Nóúmenos de los Elementos actuales y futuros, lo mismo que los Ángeles de los Siete Poderes de la Naturaleza –cuyos efectos groseros percibimos en lo que la Ciencia ha tenido a bien llamar “modos de movimiento”, fuerzas imponderables, y que sé yo qué más, -son los Nóúmenos aun más superiores de Jerarquías aun más elevadas.

Aquellos remotísimos tiempos, eran la “Edad de Oro”; la Edad en que los “Dioses andaban por la tierra, y se mezclaban libremente con los mortales”. Cuando concluyó, los Dioses se fueron, esto es, se hicieron invisibles, y las generaciones posteriores terminaron por adorar sus reinos: los Elementos.

Los Atlantes, primera progenie del hombre semi-divino después de su separación en sexos, y por tanto, los primeros engendrados y los mortales que primeramente nacieron al modo humano, fueron los primeros “sacrificadores” al *Dios de la Materia*. Son ellos, en el oscuro y remoto pasado, en edades más que prehistóricas, el prototipo sobre el cual se construyó el gran símbolo de Caín (Caín era el “sacrificador” como se muestra en el cap. IV del *Génesis*, del “fruto de la tierra”, siendo él, el primer cultivador, mientras que Abel “llevó los primeros nacidos de su ganado” al Señor. Caín es el símbolo de la primera humanidad masculina y Abel de la femenina, siendo Adán y Eva los tipos de la Tercera Raza. El “asesinato” es derramamiento de sangre, pero no quitando la vida), los primeros antropomorfistas que adoraron la Forma y la Materia, culto que pronto degeneró en *personal*, y que luego condujo al falicismo que reina supremo hasta hoy día en el simbolismo de todas las religiones exotéricas de rituales, dogmas y formas. Adán y Eva se *convirtieron en materia*, o proporcionaron el terreno, o sea Caín y Abel: este último, como suelo portador de vida; el primero, como “agricultor de este terreno o campo”.

De este modo fue como los primeros Atlantes, nacidos en el continente Lemur, se separaron desde sus primeras tribus en buenos y malos; en los que adoraban el Espíritu invisible de la Naturaleza, cuyo Rayo siente el hombre dentro de sí mismo, o Panteístas, y en los que rendían un culto fanático a los Espíritus de la Tierra, los Poderes antropomórficos, cósmicos y tenebrosos, con quienes se aliaron. Estos fueron los primeros Gibborín, los



“hombres poderosos. . . famosos” en aquellos días, que en la quinta Raza son los Kabirim, Kabiri, para los egipcios y fenicios; Titanes para los griegos, y Râkshasas y Daityas para las razas indias.

Tal fue el origen secreto y misterioso de todas las subsiguientes y modernas religiones, especialmente del culto de los hebreos ulteriores a su Dios de tribu. Al mismo tiempo, esta religión sexual estaba estrechamente relacionada con los fenómenos astronómicos, sobre los cuales se basaba, y con los que, por decirlo así, se confundía. **Los Lemures gravitaron hacia el Polo Norte o el Cielo de sus Progenitores: el Continente Hiperbóreo; los Atlantes hacia el Polo Sur, el “Abismo”, cósmica y terrestremente considerado, de donde soplan las pasiones ardientes convertidas en huracanes por los Elementales cósmicos, que en él moran. Los dos Polos eran denominados por los antiguos, Dragones y Serpientes, proviniendo de aquí los Dragones y Serpientes buenos y malos, y también los nombres dados a los “Hijos de Dios” –Hijos del espíritu y de la Materia-, los Magos buenos y malos. Este es el origen de la naturaleza doble y triple del hombre. La leyenda de los “Ángeles Caídos”, en su significado esotérico, contiene la clave de las múltiples contradicciones del carácter humano; señala ella el secreto de la conciencia de sí en el hombre; es el eje en que gira todo un Ciclo de Vida: la historia de su evolución y desarrollo.**

La comprensión exacta de la Antropogénesis Esotérica depende de que esta doctrina sea bien entendida. Da ella la clave de la enojosa cuestión del Origen del Mal; y muestra cómo el hombre mismo es el que ha dividido al Uno en varios aspectos contrarios.

El lector no deberá, por tanto, sorprenderse de que dediquemos tanto espacio para intentar dilucidar este difícil y oscuro asunto cada vez que se presenta. Necesariamente hay que decir mucho sobre su aspecto simbólico; pues haciéndolo así, se dan indicaciones al estudiante pensador para el mejor éxito de sus investigaciones, y se da más luz de este modo que la que se puede proporcionar con las frases técnicas de una exposición filosófica más formal. Los llamados “Ángeles Caídos” son la *Humanidad misma*. El Demonio del Orgullo, de la Lujuria, de la Rebelión y del Odio no existía *antes* de la aparición del hombre físico consciente. El hombre es quien ha engendrado y criado al demonio, y le ha permitido desarrollarse en su corazón; él es también quien ha contagiado al Dios que mora en él mismo, enlazando al Espíritu puro con el Demonio impuro de la Materia. Y si el dicho kabalístico “*demon est Deus inversus*” encuentra su corroboración metafísica y teórica en la Naturaleza dual manifestada, su aplicación práctica se encuentra solamente en la Humanidad.



Debe haberse hecho ya evidente que nuestras enseñanzas tienen muy pocas probabilidades de ser imparcialmente oídas, al presuponer, como lo hacemos: a) la aparición del Hombre primero que la de los otros mamíferos, y aun antes de los períodos de los grandes reptiles; b) que los Diluvios Periódicos y los Períodos Glaciales se deben a la perturbación kármica del eje; y principalmente, c) el nacimiento del hombre de un Ser Superior, o lo que el Materialismo llamaría un Ser *sobrenatural*, aunque sólo es super-*humano*. Añádase a esto la declaración de que una parte de la Humanidad en la Tercera Raza –todas las Mónadas de hombres que habían alcanzado el punto más alto del Mérito y del Karma en el Manvantara precedente– debió sus naturalezas psíquicas y racionales a Seres divinos, uniéndose *hipostáticamente* en sus Quintos Principios; y la Doctrina Secreta tiene que perder su pleito, no sólo a los ojos del Materialismo, sino también a los del Cristianismo dogmático. Pues tan pronto como este último sepa que estos Ángeles son idénticos a sus Espíritus “Caídos”, esta doctrina Esotérica será proclamada la más terriblemente herética y perniciosa (Quizás considerando esta *degradación* de los Espíritus más elevados y puros, que atravesaron los planos intermedios de conciencia inferior, los “Siete Círculos de Fuego” del *Pymander*, es por lo que se hace decir a Santiago: “Esta sabiduría (*sophía*) no descendió de arriba, sino que es terrestre, sensual, *demoníaca*”; ahora bien, esta *Sophía* es *Manas*, el “Alma Humana”, siendo *Buddhi* la Sabiduría o Alma espiritual, la cual, estando tan cerca del Absoluto, es *per se*, sólo conciencia *latente*, y depende de *Manas* para la manifestación fuera de su propio plano). El Hombre *Divino* moraba en el animal, y por lo tanto, cuando tuvo lugar la separación fisiológica en el curso natural de la evolución –cuando también “toda la creación animal fue *desatada*” y los machos fueron atraídos hacia las hembras–, *aquella raza cayó*, no porque hubiesen comido del Fruto del Conocimiento y conociesen el Bien y el Mal, sino porque no sabían otra cosa. Impulsados por el instinto creador sin sexo, las primeras sub-razas habían desarrollado una raza intermedia, en la que, como se ha indicado en las Estancias, los Dhyân Chohans superiores encarnaron (Ésta es la “Raza Inmortal”, como se llama en el esoterismo, y, exotéricamente, la generación estéril de la primera prole de Daksha, quien maldice a Nârada, el Rishi divino, por haber disuadido a los Haryashvas y a los Shabalâshvas (los hijos de Daksha) de procrear sus especies, diciendo: “Nace en la matriz; no habrá para ti un lugar de reposo en todas estas regiones”. Después de esto, Nârada, el representante de aquella raza de ascetas *estériles*, se dice que tan pronto como muere en un cuerpo, renace en otro). “Cuando, hayamos comprobado la extensión del universo (y sepamos todo lo que hay en él), multiplicaremos nuestra raza” –contestaron los Hijos de la Voluntad y del Yoga a sus hermanos de la misma raza, que les invitaban a hacer lo que ellos–. Esto significa que los grandes Adeptos y Ascetas Iniciados se “multiplicarán”, esto es, producirán otra vez hijos inmaculados “nacidos de la mente” en la Séptima Raza–Raíz.

Así se halla afirmado en los *Vishnu* y *Brahma Purânas*, en el *Mahâbhârata* (*Âdi Parvan*, pág. 113) y en el *Harivamsha*. Además, en una parte del *Pushkara Mâhâtmya*,



la separación de los sexos está, alegorizada por Daksha, quien viendo que su progenie nacida por la voluntad, los “Hijos de la Yoga pasiva”, no quieren crear hombres, “*convierte la mitad de sí mismo en una mujer*, con quien tuvo hijas” las hembras futuras de la Tercera Raza que engendró los Gigantes de la Atlántida, llamados la Cuarta Raza. En el *Vishnu Purâna* se dice sencillamente que Daksha, el padre de la humanidad, estableció la relación sexual como medio de poblar el mundo (*Vishnu Purâna*, trad. De Wilson, II, 12).

Afortunadamente para la Especie Humana, la “Raza Electa” se había ya convertido en el vehículo de encarnación de los Dhyânis más elevados (intelectual y espiritualmente), antes de que la humanidad se hubiese hecho completamente material. Cuando las últimas sub-razas –exceptuando algunas de las más inferiores– de la Tercera Raza perecieron juntamente con el gran Continente Lemur, las “Semillas de la *Trinidad de la Sabiduría*”, habían adquirido ya el secreto de la inmortalidad en la Tierra, el don que permite a la misma Gran Personalidad pasar *ad libitum* de un cuerpo gastado a otro.

b) La primera Guerra que se conoció en la Tierra, el primer derramamiento de sangre humana, fue el resultado de abrirse los ojos y los sentidos del hombre, lo cual le hizo ver que las hijas de sus hermanos eran más hermosas que la suya, y también sus esposas. Se cometieron raptos antes del de las Sabinas, y hubo Menelaos a quienes robaron sus Helenas antes de que la Quinta Raza hubiese nacido. Los Titanes o Gigantes eran los más fuertes; sus adversarios, los más sabios. Esto tuvo lugar durante la Cuarta Raza, la de los Gigantes (D.S. III, 452-459).

Los primeros Atlantes-Lemures (las encarnaciones divinas), están acusados de haber tomado para sí esposas de una raza inferior, o sea de la raza de los hombres hasta entonces sin mente. Todas las Escrituras antiguas tienen la misma leyenda, más o menos desfigurada. En primer término, la “Caída” Angélica que transformó a los “Primogénitos” de Dios en Asuras, o en el Ahriman o Tifón de los “paganos” –esto es, si lo que se dice en el *Libro de Enoch* y en *Hermes*, en los *Purânas* y en la *Biblia*, se toma literalmente- tiene, al ser leída esotéricamente, el siguiente sencillo significado:

Las sentencias, tales como “en su ambición (la de Satán) levantó su mano contra el Santuario del Dios de los Cielos”, etc., debe leerse: Impulsado por la Ley de la Evolución Eterna y del karma, el Ángel encarnó sobre la Tierra en el Hombre; y como su Sabiduría y Conocimiento son todavía divinos, aunque su cuerpo es terrestre, él es (alegóricamente) acusado de divulgar los misterios del Cielo. Él



combina y usa los dos con el objeto de la procreación humana, en lugar de la superhumana. En adelante “el hombre *engendrará*, no *creará*”. Pero como al hacerlo así tiene que usar su débil Cuerpo como medio de procreación, ese Cuerpo pagará la pena por esta Sabiduría traída del Cielo a la Tierra; de aquí que la corrupción de la pureza física se convierta en una maldición temporal. (D.S. III, 471-472).

Los primeros de entre las avanzadas de la Cuarta Raza no eran Atlantes, ni tampoco eran todavía los Asuras humanos y Râkshasas en que después se convirtieron. En aquellos tiempos, grandes porciones del futuro Continente de la Atlántida formaban todavía partes de los suelos del Océano. La Lemuria, como hemos llamado al Continente de la Tercera Raza, era entonces una tierra gigantesca. Ella cubría toda el área desde el pie de los Himalayas, que la separaban del mar interior, que hacía rodar sus olas sobre lo que ahora es el Tibet, Mongolia, y el Gran Desierto de Shamo (Gobi); desde Chittagong al Oeste hacia Hardwar, y al Este hacia Assam (¿Annam?). Esde este punto se extendía al Sur a través de lo que conocemos como la India Meridional, Ceilán y Sumatra; y abarcando entonces en su camino, según avanzamos hacia el Sur, a Madagascar a la derecha y a la Australia y Tasmania a su izquierda, avanzaba hasta algunos grados del Círculo Antártico; y desde Australia, que en aquellos tiempos era una región interna del Continente Padre, se extendía muy adentro en el océano Pacífico, más allá de Rapa-nui (Teapy, o Isla de Pascua) que ahora se encuentra en la latitud 26° Sur, y en la longitud 110° Oeste. Lo que decimos parece estar corroborado por la Ciencia, aunque sólo sea parcialmente. Cuando se habla de orientaciones continentales, y se muestra a las masas infra-árticas coincidiendo generalmente con el meridiano, se mencionan varios continentes, aunque como consecuencia. Entre ellos se habla del “continente Mascareño”, que incluía a Madagascar, extendiéndose al Norte y al Sur, y otro antiguo continente que se “extendía desde Spitzbergen, al estrecho de Dover, mientras que la mayor parte del resto de Europa era fondo de los mares”. Esto corrobora la Enseñanza Oculta, que dice que lo que ahora son regiones polares, fueron antes la primera de las siete cunas de la Humanidad, y la tumba de la masa de la especie humana de aquella región durante la tercera Raza, cuando el Continente gigantesco de la Lemuria principió a dividirse en continentes más pequeños. Esto fue debido, según la explicación del Comentario, a una disminución de velocidad en la rotación de la Tierra:

Cuando la Rueda corre con la velocidad ordinaria, sus extremidades (los polos) se acomodan con su Círculo medio (el ecuador); cuando ella marcha más lentamente y oscila en todas direcciones, se produce un gran desorden en la superficie de la



Tierra. Las aguas fluyen hacia los dos extremos, y nuevas tierras aparecen en el Cinturón de en medio (las tierras ecuatoriales), mientras que las de los extremos quedan sujetas a Pralayas por sumersión.

Y también:

De este modo la Rueda (la Tierra) está sujeta al Espíritu de la Luna, y regulada por él, para el movimiento de sus aguas (las mareas). Hacia el final de la Edad (Kalpa) de una gran Raza (Raíz), los regentes de la Luna (los Padres, o Pitris) principian a ejercer una atracción más fuerte, y aplanando así la Rueda en su Cinturón, se hunde en algunos sitios y se hincha en otros; y corriéndose la hinchazón a sus extremidades (polos), aparecerán nuevas tierras, sumergiéndose las viejas. (D.S. III, 537-540).

Que el hundimiento y reaparición periódicos de los poderosos continentes, llamados ahora Atlántida y Lemuria por los escritores modernos, no es una ficción, será cosa que demostraremos en la Sección en que se confronten todas las pruebas. Las obras más arcaicas sánscritas y tamiles, rebosan de referencias a ambos Continentes. Las siete islas sagradas (Dvîpas) se mencionan en el *Sûrya Siddhânta*, la obra astronómica más antigua de todo el mundo, así como en las obras de Asura Maya, el Astrónomo Atlante que el profesor Weber “reencarnó” en Ptolomeo. Sin embargo, es un error llamar Atlantes a estas “Islas Sagradas”, como lo hacemos nosotros; pues, como sucede con todo lo que se halla en los Libros Sagrados indos, se refieren a varias cosas. La herencia que Priyavrata, el Hijo del Manu Svâyambhuva legó a sus siete hijos, no fue la Atlántida, aun cuando una o dos de estas islas sobrevivieron a la sumersión de sus compañeras, y ofreció amparo, edades más tarde, a los Atlantes cuyo Continente había sido sumergido a su vez. Cuando se mencionan por primera vez por Parâshara en el *Vishnu Purâna*, las siete se refieren a una doctrina esotérica que se explicará más adelante. Con relación a esto, de todas las siete islas, Jambu-dvîpa (nuestro Globo) es el único que es terrestre. En los *Purânas*, todas las referencias acerca del Norte del Meru están relacionadas con aquel Eldorado Primitivo, ahora región del Polo Norte, que, cuando la magnolia florecía en donde ahora vemos un desierto de hielo sin fin e inexplorado, era entonces un Continente. La Ciencia habla de un “antiguo continente” que se extendía desde Spitzbergen al Estrecho de Dover. **La Doctrina Secreta enseña que, en los primeros períodos geológicos, estas regiones formaban un continente en forma de herradura, uno de cuyos extremos, el oriental, mucho más al Norte que el Cornwall del Norte, incluía la Groenlandia, y el otro contenía el Estrecho de Behring como un trozo de tierra interior, y descendía al Sur en su orientación natural hasta las Islas Británicas, que**



deben haber estado en aquellos días precisamente debajo de la curva inferior del semicírculo. Este Continente se elevó simultáneamente con la parte ecuatorial de la Lemuria. Edades más tarde, reaparecieron algunos restos de la Lemuria sobre la faz de los mares. Por tanto, aun cuando pueda decirse, sin apartarse de la verdad, que la Atlántida está incluida en los siete grandes Continentes Insulares, puesto que la cuarta Raza Atlante llegó a poseer algunos de los restos de la Lemuria, y estableciéndose en las islas, las incluyeron entre sus tierras y continentes; sin embargo, debe hacerse una diferencia y darse una explicación, toda vez que en la presente obra se intenta un relato más exacto y completo. **Algunos Atlantes tomaron también posesión, de esta manera, de la isla de Pascua; y ellos, habiendo escapado al cataclismo de su propio país, se establecieron en el resto de la Lemuria, pero sólo para perecer en él al ser destruido, en un día, por fuegos y lavas volcánicas.** Esto puede que sea considerado como una ficción por ciertos geógrafos y geólogos; pero para los Ocultistas, es *historia*. ¿Qué es lo que sabe la Ciencia en contrario?

Hasta la aparición de un mapa publicado en Basilea en 1522, en donde aparece por primera vez el nombre de América, *esta última se creía que era parte de la India* . . . La Ciencia rehusa también sancionar la extraña hipótesis de que hubo un tiempo en que la península India, en un extremo de la línea, y Sud-América en el otro, se enlazaban por medio de un cinturón de islas y continentes. La India de las edades prehistóricas. . . estaba doblemente unida con las dos Américas. Las tierras de los antecesores de aquellos a quienes Amiano Marcelino llama los “brahmanes de la India Superior”, se extendían desde Cachemira hasta muy adentro en los (ahora) desiertos de Shamo. Así, pues, un hombre a pie partiendo desde el Norte podía llegar, sin casi mojarse los pies, a la Península de Alaska, por la Manchuria, a través del *futuro* Golfo de Tartaria, las Islas Kuriles y Aleutianas; mientras que otro viajero, provisto de una canoa y partiendo del Sur, podía haber ido desde Siam, cruzando las Islas Polinesias y penetrar caminando en cualquier parte del continente de Sud-América.

Esto fue escrito tomado de la palabra de un Maestro, autoridad más bien dudosa para los materialistas y escépticos.

En la época de que estamos tratando, el Continente de la Lemuria se había dividido en muchos sitios, formando nuevos continentes separados. Sin embargo, ni el África ni las Américas, y menos aún Europa, existían en aquellos días; pues dormían todas ellas todavía en el fondo de los mares. Ni tampoco había mucho del Asia actual; pues las regiones Cis-Himaláicas estaban cubiertas por los mares, y más allá de ellos se extendían las “hojas de loto” de Shveta-dvîpa, los países llamados ahora Groenlandia, Siberia Oriental y Occidental, etc. **El inmenso continente que una vez reinó supremo sobre los Océanos Índico, Atlántico y Pacífico, consistía entonces en enormes islas que desaparecieron**



gradualmente una tras otra, hasta que la última convulsión se tragó los restos. La isla de Pascua, por ejemplo, pertenece a la primera civilización de la tercera Raza. Un levantamiento volcánico repentino del fondo de los mares, hizo reaparecer esta pequeña reliquia de las Edades Arcaicas –después de haber estado sumergida con lo demás- intacta, con su volcán y estatuas, durante la época Champlain de la sumersión polar del Norte, como testigo presente de la existencia de la Lemuria. Dícese que algunas de las tribus Australianas son los últimos restos de los últimos descendientes de la Tercera Raza.

Ciertamente fue “un continente gigantesco y continuo”, pues, durante la Tercera Raza, se extendía al Este y Oeste, hasta donde las dos Américas se encuentran ahora. La Australia actual sólo era una parte de él, y además de esto, hay unas cuantas islas supervivientes esparcidas aquí y allá sobre la faz del Pacífico, y una larga tira de California que perteneció al mismo.

Según un Maestro dice: “Contemplad los restos de lo que fue un tiempo una gran nación (la Lemuria de la Tercera Raza) en *algunos* de los aborígenes de cabeza achatada de vuestra Australia”.

Pero ellos pertenecen a los últimos restos de la séptima sub-raza de la Tercera. El profesor Haeckel ha debido también *soñar* un sueño y haber tenido, por una vez, una visión *verdadera*.

En este período es donde debemos buscar la primera aparición de los antecesores de aquellos a quienes podemos denominar los pueblos más antiguos del mundo, que se llaman hoy, respectivamente, los arios indos, los egipcios y los persas más antiguos por una parte y los caldeos y fenicios por otra. Ellos fueron gobernados por las Dinastías Divinas, esto es, por Reyes y Regentes que sólo tenían del hombre mortal la apariencia física, *según esta era entonces, pero que eran Seres de Esferas superiores, y más celestiales, que nuestra propia Esfera lo será de aquí a largos Manvántaras*. Por supuesto, es inútil intentar hacer creer a los escépticos la existencia de tales Seres. *Su* mayor orgullo consiste en probar su denominación patronímica como Catarrinos, hecho que tratan de demostrar con la supuesta autoridad del *cóccix*, anejo a su hueso sacro, esa cola rudimentaria, que si fuera bastante larga, les haría saltar de alegría y continuamente, en honor de su eminente descubridor. Estos permanecerán tan fieles a sus antecesores simios, como los cristianos a su Adán sin cola. La Doctrina Secreta, sin embargo, da la razón en este punto a los teósofos y a los estudiantes de las Ciencias Ocultas.



Si consideramos a la segunda porción de la Tercera Raza como los primeros representantes de la *raza verdaderamente humana* con huesos sólidos, entonces la suposición de Haeckel de que “la evolución de los hombres primitivos se verificó. . . ya sea en el Asia meridional o en. . . la Lemuria” –no rezando con esto el África ya sea Oriental u Occidental- es bastante exacta, si no lo es por completo. Para ser exacto, sin embargo, hay que decir que la evolución de la Primera Raza, de los cuerpos de los Pitris, tuvo lugar en siete regiones separadamente distintas, en el polo Ártico de la (entonces) única tierra, así también se verificó la última transformación de la Tercera. Principió ella en aquellas regiones árticas que se acaban de describir y que incluían el Estrecho de Behring, y lo que entonces existía de tierra seca en el Asia Central, cuando el clima era semi-tropical hasta en las regiones árticas, y excelentemente adaptado a las necesidades primitivas del naciente hombre físico. Esa región, sin embargo, ha sido más de una vez helada y tropical, por turno, desde la aparición del hombre. **El Comentario nos dice que la tercera raza se hallaba solamente en el punto medio de su desarrollo, cuando: El eje de la Rueda se inclinó. El Sol y la Luna no brillaron ya sobre las cabezas de aquella porción de los Nacidos del Sudor; la gente conoció la nieve, el hielo y la helada; y los hombres, las plantas y los animales se empequeñecieron en su desarrollo. Los que no perecieron se quedaron como niños pequeños a medio crecer en tamaño y en inteligencia** (“niños pequeños a medio crecer” en comparación con sus hermanos gigantescos de otras zonas. Así nos pasaría a nosotros ahora, si nos sucediera una calamidad semejante). *Este fue el tercer Pralaya de las Razas.* (D.S. III, 541-547).

Después de la Gran Inundación de la Tercera Raza (los Lemures), según nos dice el Comentario 33: Los hombres mermaron considerablemente de estatura y disminuyó la duración de sus vidas. Habiendo decaído su piedad, se mezclaron con razas animales y se aparearon gigantes y pigmeos (las razas empequeñecidas de los Polos). . . Muchos adquirieron conocimientos divinos, más aún, conocimientos ilícitos, y siguieron voluntariamente el Sendero de la Izquierda.

Así que los Atlantes se aproximaron a su vez a la destrucción ¡Quién sabe los períodos geológicos que pasaron para verificarse esta cuarta destrucción!. (D.S. III, 550).

44. CONSTRUYERON (LOS ATLANTES) GRANDES IMÁGENES DE NUEVE YATIS DE ALTO (VEINTISIETE PIES): EL TAMAÑO DE SUS CUERPOS. FUEGO



INTERNOS HABÍAN DESTRUÍDO LA TIERRA DE SUS PADRES (LOS LEMURES). EL AGUA AMENAZABA LA CUARTA (RAZA).

Vale la pena observar que la mayor parte de las estatuas gigantescas descubiertas en la isla de Pascua, parte innegable de un continente sumergido, así como las encontradas en las fronteras del Gobi, región que había estado sumergida por edades sin cuento, son todas de veinte a treinta pies de alto. Las estatuas encontradas por Cook en la isla de Pascua, medían casi todas veintisiete pies de altura, y ocho pies de hombro a hombro. La escritora sabe muy bien que los arqueólogos modernos han decidido que “estas estatuas no son muy antiguas”, según ha declarado un alto funcionario del Museo Británico, en donde están ahora algunas de ellas. Pero esta es una de estas decisiones arbitrarias de la Ciencia Moderna que no tiene gran valor en sí.

Se nos dice que después de la destrucción de la Lemuria por los fuegos subterráneos, los hombres siguieron decreciendo constantemente en estatura –proceso que había ya principiado desde su Caída física- y que finalmente, algunos millones de años después, disminuyeron hasta los seis o siete pies, y ahora se están reduciendo, como sucede con las razas asiáticas más antiguas, que están más cerca de los cinco pies que de los seis. Según indica Pickering, hay en la raza malaya (sub-raza de la Cuarta Raza Raíz) una diversidad singular de estatura; los miembros de la familia polinesia, tales como los isleños de las islas Tahiti, Samoa y Tonga, son de *estatura más elevada que el resto de la especie humana*; pero las tribus indias y los habitantes de los países indo-chinos, son positivamente más pequeños que el término medio general. Esto se explica fácilmente. Los polinesios pertenecen a las primeras de las sub-razas supervivientes; los otros al tronco último y menos fijo. Así como los tasmanios se han extinguido por completo, y los australianos desaparecen rápidamente, lo mismo sucederá pronto con las otras razas antiguas.

b) ¿Cómo se han conservado estos anales? – se nos podría preguntar– Hasta el conocimiento del Zodíaco por los hindúes es negado por nuestros amables y sabios orientalistas, los cuales han llegado a la conclusión de que los indos arios no sabían nada de él antes de que los griegos lo llevaran a su país. Esta calumnia innecesaria ha sido tan bien refutada por Bailly, y lo que es más, por la clara *evidencia de los hechos*, que no necesita muchas más demostraciones de su falsedad. Al paso que los Zodíacos egipcios conservan pruebas irrefutables, de anales que abarcan más de tres y medio años Siderales, o cerca de 87.000 años; los cálculos indos abrazan cerca de treinta y tres de tales años, u 850.000 años. Los sacerdotes egipcios aseguraron a Herodoto que el Polo de la Tierra y el Polo de la Eclíptica habían coincidido anteriormente. Pero, según ha observado el autor de *Sphinxiad*:



Estos *pobres indos oscurecidos* tienen registrados conocimientos astronómicos que comprenden diez veces 25.000 años desde la Inundación [local última en Asia], o Edad del Horror.

Y poseen observaciones registradas desde el tiempo de la primera Gran Inundación que se conserva en la memoria *histórica* Aria, la Inundación que sumergió las últimas partes de la Atlántida hace 850.000 años. Las inundaciones precedentes son, por supuesto, más tradicionales que históricas.

El hundimiento y transformación de la Lemuria principió cerca del Círculo Ártico (Noruega), y la Tercera Raza terminó su carrera en Lankâ, o más bien en lo que se convirtió en Lankâ entre los Atlantes. El pequeño resto conocido ahora por Ceilán es la tierra montañosa Septentrional de la antigua Lankâ, mientras que la enorme isla de ese nombre era, en el período Lemuro, el gigantesco continente ya descrito. Según dice un Maestro:

¿Por qué no han de tener presente vuestros geólogos que bajo los continentes explorados y sondeados por ellos... pueden existir ocultos, en lo profundo de los insondables, o más bien no sondeados lechos de los mares, otros continentes mucho más antiguos, cuyas capas jamás han sido exploradas geológicamente; y que pudieran algún día echar completamente por tierra sus presentes teorías? ¿Por qué no se ha de admitir que nuestros continentes actuales han sido ya, como la Lemuria y la Atlántida, sumergidos varias veces, y han tenido el tiempo de reaparecer otra vez y sostener sus nuevos grupos de humanidad y civilizaciones; y que al primer gran levantamiento geológico en el próximo cataclismo, de la serie que ocurre desde el principio al fin de cada Ronda, nuestros continentes que ya han sufrido la autopsia, se sumergirán, reapareciendo las Lemurias y Atlántidas otra vez? (Véase El Budhismo Esotérico, pág. 113)

No exactamente los *mismos* continentes, por supuesto. Pero en este punto hace falta una explicación. No hay que crearse confusiones acerca del postulado de una Lemuria Septentrional. La prolongación de aquel gran continente en el Océano Atlántico del Norte no destruye, en modo alguno, las opiniones tan extendidas acerca del sitio de la perdida Atlántida, y lo uno corrobora a lo otro. Hay que observar que la Lemuria, que sirvió de cuna a la Tercera Raza—Raíz, no sólo abarcaba una vasta área en el Océano Pacífico e Indico, sino que se extendía en forma de herradura más allá de Madagascar, por toda el “África Meridional” (entonces mero fragmento en proceso de formación), a través del Atlántico hasta Noruega. El gran depósito de agua dulce inglés, llamado el Wealden —que todos los geólogos consideran como desembocadura de un anterior gran río— es el lecho de la corriente principal que desaguaba a la Lemuria Septentrional en la edad Secundaria. La existencia real de este río en otro tiempo es un hecho científico;



¿reconocerán sus partidarios la necesidad de aceptar la Lemuria Septentrional de la edad Secundaria, exigida por sus datos? El profesor Berthold Seemann no sólo admitió la realidad de tan enorme continente, sino, que consideraba a *Australia* y *Europa como partes, en otro tiempo, de un continente*, corroborando así toda la doctrina de la “herradura”, ya enunciada. No puede darse una confirmación más sorprendente de nuestros asertos que el hecho de que la *elevada cordillera* sumergida en la cuenca del Atlántico, de 9.000 pies de altura, que se extiende por unas dos o tres millas al Sur desde un punto próximo a las Islas Británicas, tuerce primeramente hacia la América del Sur, y luego *cambia casi en ángulo recto* para continuar en una dirección *Sudeste hacia la costa africana*, desde donde se lanza hacia el Sur, a Tristán de Acuña. Esta cordillera es resto de un continente Atlántico, y si se pudiese seguir más su dirección establecería la realidad de la unión de una herradura submarina con un continente de tiempos pasados en el Océano Indico (Véase el mapa formado con los sondeos del *Challenger* y del *Dolphin* en el libro *Atlantis: The Antediluvian World*, de Donnelly, página 47).

La *parte Atlántica de la Lemuria* fue la base geológica de lo que se conoce generalmente por Atlántida, pero que debe más bien considerarse como un desarrollo de la prolongación Atlántica de la Lemuria, que como una masa de tierra completamente nueva, levantada para atender a las exigencias especiales de la Cuarta Raza–Raíz. Lo mismo que sucede en la evolución de una Raza, ocurre en los cambios sucesivos y arreglos de las masas continentales, sin que se pueda trazar una línea bien determinada en donde un orden termina y otro principia. La continuidad en los procesos naturales no se interrumpe nunca. Así, la Raza Cuarta Atlante se desarrolló de un núcleo de hombres de la Raza Tercera de la Lemuria Septentrional, concentrado, por decirlo así, hacia un punto de lo que ahora es el Océano Atlántico medio. Su continente se formó por la unión de muchas islas y penínsulas que se levantaron en el transcurso ordinario del tiempo, y *últimamente se convirtió en la verdadera morada de la gran Raza conocida por Atlante*. Después que se consumó esto, según manifiesta la autoridad Oculta más elevada:

La Lemuria... no debe confundirse más con el Continente Atlántico, como Europa no se confunde con América (El Budhismo Esotérico, pág. 112).

Como lo anterior viene de una procedencia tan desacreditada por la Ciencia ortodoxa, se considerará, por supuesto, como una ficción más o menos afortunada. Hasta la hábil obra de Donnelly antes citada se desecha, a pesar de que sus declaraciones se hallan todas dentro de un marco de pruebas científicas estrictas. Pero nosotros escribimos para el futuro. Nuevos descubrimientos en esta dirección vindicarán las pretensiones de los filósofos asiáticos, de que las ciencias (la geología, la etnología e incluso la historia) eran seguidas por las naciones antediluvianas que vivieron hace edades sin cuento. Futuros “hallazgos” justificarán



la exactitud de las observaciones presentes, de inteligencias tan penetrantes como las de H. A. Taine y Renán. El primero indica que las civilizaciones de las naciones arcaicas, tales como los egipcios, los arios de la India, los caldeos, chinos y asirios, son el resultado de civilizaciones anteriores que duraron “*miríadas de siglos*” (*History of English Literature*, pág. 23); y el último señala el hecho de que:

Egipto, desde un principio, aparece maduro, viejo y sin edades míticas y heroicas, como si el país jamás hubiese conocido la juventud. Su civilización no tiene infancia, y sus artes ningún período arcaico. La civilización de la Vieja Monarquía no principió con la infancia. Estaba ya madura (Citado en *Atlantis*, pág. 132).

A esto añade el profesor R. Owen que:

Según los anales, Egipto ha sido una comunidad civilizada y gobernada *antes* del tiempo de Menes.

Y Winchell declara que:

En la época de Menes, los egipcios eran ya un pueblo numeroso y civilizado. Manethon nos dice que Athotis, hijo del primer rey Menes, construyó el palacio de Menfis; que era médico y que dejó *libros de anatomía*.

Esto es perfectamente natural si hemos de creer los relatos de Herodoto, que afirma en *Euterpe* (CXLII), que la historia escrita de los sacerdotes egipcios databa de unos 12.000 años antes de su tiempo. Pero ¿qué son 12.000, ni aún 120.000 años, comparados con los millones de años que han transcurrido desde los tiempos de la Lemuria? Esta última, sin embargo, no ha quedado sin testimonios, a pesar de su tremenda antigüedad. **En los Anales Secretos se conserva la historia completa del crecimiento, desarrollo, y de la vida social y hasta política de los Lemures. Desgraciadamente, pocos son los que pueden leerlos; y los que pudieran, serían incapaces además de comprender el lenguaje, a menos de conocer las siete claves de su simbolismo. Porque la comprensión de la Doctrina Oculta está basada en la de las Siete Ciencias; y estas Ciencias tienen su expresión en las siete diferentes aplicaciones de los Anales Secretos a los textos exotéricos.** Así, pues, tenemos que tratar con modos de pensamiento en siete planos de Idealidad completamente distintos. Cada texto se relaciona con uno de los siguientes puntos de vista, desde el cual tiene que interpretarse:

I. Plano del Pensamiento Realista.

II. Idealista.

III. Puramente Divino o Espiritual.



Los otros planos trascienden demasiado la conciencia en general, especialmente la de la mente materialista, para que puedan ser ni tan siquiera simbolizados en términos de fraseología ordinaria. En ninguno de los antiguos textos religiosos existe elemento alguno puramente *mítico*; pero la modalidad de pensamiento con que fueron escritos originalmente hay que encontrarla y no perderla un momento de vista durante la interpretación. Pues el modo arcaico de pensamiento es simbólico; otra forma posterior del pensamiento, aunque muy antigua, es la emblemática; otra la parabólica o alegórica; otra la jeroglífica, y también la logográfica, el método más difícil de todos, pues representa cada letra toda una palabra, como en el idioma chino. Así, casi todos los nombres propios, ya sea en los *Vedas*, *el Libro de los Muertos*, y hasta cierto punto en la *Biblia*, están compuestos de tales logogramas. Nadie que no esté iniciado en los misterios de la logografía religiosa Oculta puede pretender que sabe lo que significa un nombre en cualquier fragmento antiguo, antes de haber dominado el sentido de cada letra de las que lo componen. ¿Cómo, pues, puede esperarse que el mero pensador profano, por grande que sea su erudición en el simbolismo ortodoxo, por decirlo así (esto es, ese simbolismo que no puede salir nunca de los viejos moldes del mito solar y del culto sexual), cómo puede esperarse, repetimos, que el docto profano pueda penetrar en el arcano que está detrás del velo? El que se ocupa de la corteza o cáscara de la letra muerta, y se dedica a transformaciones calidoscópicas de palabras simbólicas estériles, no puede esperar nunca pasar más allá de las vaguedades de los mitólogos modernos.

Así, pues, Vaivasvata, Xisuthros, Deucalion, Noé, etcétera, todas las figuras principales de los Diluvios del Mundo, tanto universales como parciales, astronómicos o geológicos, todos proporcionan en sus mismos nombres los anales de las causas y efectos que condujeron al suceso, si se pueden leer por completo. Todos esos Diluvios están basados en sucesos que ocurrieron en la Naturaleza, y están por tanto presentes, como anales *históricos* (ya fuesen siderales, geológicos o siquiera simplemente alegóricos), de un suceso moral en otros planos superiores del ser. Esto creemos ha sido ya lo suficientemente demostrado durante la larga explicación requerida por las Estancias alegóricas.

Hablar de una raza de nueve *yatis* o veintisiete pies de alto, en una obra que pretenda un carácter más científico que, por ejemplo, la historia de “Jack el Matador de Gigantes”, es un procedimiento bastante raro. ¿Dónde están las pruebas? —se preguntará a la escritora—. En la historia y en la tradición, es la respuesta. Las tradiciones de una raza de gigantes en los tiempos remotos, son universales; existen en doctrinas orales y escritas. La India ha tenido sus Dânavas y Daityas; Ceilán sus Râkshasas; Grecia sus Titanes; Egipto sus Héroes colosales; Caldea



sus Izdubars (Nimrod); y los judíos sus Emims de la tierra de Moab, con los famosos gigantes, Anakim (*Números*, XIII, 33). Moisés habla de Og, un rey cuyo “lecho” tenía nueve codos de largo (15 pies 4 pulgadas) y cuatro de ancho (*Deut.*, III, II); y Goliat tenía “seis codos y un palmo de alto” (o 10 pies 7 pulgadas). La única diferencia que se encuentra entre la “escritura revelada” y las pruebas que nos han proporcionado Herodoto, Diodoro de Sicilia, Homero, Plinio, Plutarco, Filostrato, etc., es la siguiente: Al paso que los paganos mencionan solamente *esqueletos de gigantes*, muertos edades sin cuento antes, reliquias que algunos de ellos *habían visto personalmente*, los intérpretes de la *Biblia* exigen sin rubor que la Geología y la Arqueología deban creer que algunos países estaban habitados por tales gigantes en los días de Moisés; gigantes ante los cuales los judíos eran como langostas, y los cuales existían todavía en los días de Josué y David. Desgraciadamente, su propia cronología se opone a ello. Hay que renunciar a esta última o a los gigantes.

Aún quedan en pie algunos testimonios de los Continentes sumergidos y de los hombres colosales que los habitaron. La Arqueología afirma la existencia de varios en esta Tierra; aunque fuera de admirarse y preguntarse “lo que podrán ser”, nunca ha intentado seriamente descubrir el misterio. Sin hablar de las estatuas de la Isla de Pascua ya mencionada, ¿a qué época pertenecen las estatuas colosales, todavía en pie e intactas descubiertas cerca de Bamián? La Arqueología, como de costumbre, las atribuye a los primeros siglos del Cristianismo, y yerra en esto como en otras muchas especulaciones. Una corta descripción mostrará al lector lo que son las estatuas, tanto de la Isla de Pascua como de Bamián. Primeramente examinaremos lo que la Ciencia ortodoxa sabe acerca de ellas.

Teapi, Rapa-nui, o Isla de Pascua, es un punto aislado a casi 2.000 millas de la costa sudamericana... Tiene de largo unas doce millas y cuatro de ancho... y hay allí un cráter extinguido de 1.050 pies de altura en su centro. La isla abunda en cráteres, que hace tanto tiempo que se han extinguido, que no queda tradición alguna de su actividad (Robert Brown, *The Countries of the World*, pág. 43).

Pero ¿quién hizo las grandes imágenes de piedra) Mencionadas en las págs. 44 y sig. de la edición inglesa) que son ahora el atractivo principal de la Isla para los visitantes? “*Nadie lo sabe*” – dice un escritor.

Es más que probable que estaban allí cuando los actuales habitantes [un puñado de salvajes polinesios] llegaron... Su construcción artística *es de un orden superior*... y se cree que la raza que las hizo se comunicaba con los indígenas del Perú y otras partes de la América del Sur... Aun en tiempo de la visita de Cook, algunas de las estatuas, que medían veintisiete pies de alto y ocho de hombro a hombro, yacían derribadas por tierra, mientras que otras, aun en pie, parecían mucho mayores. Una de estas últimas era tan alta, que su sombra ponía a cubierto de los rayos del sol a una partida de treinta personas. Los



pedestales en que descansaban estas imágenes colosales, tenían, por término medio, de treinta a cuarenta pies de largo y de doce a dieciséis de anchó... todos contruidos de piedras labradas al estilo ciclópeo, muy parecidos a las paredes del templo de Pachacámac, o a las ruinas de Tiahuanaco, en el Perú (*Ibíd.*, págs. 43, 44 y sigs., y págs. 310, 311).

“No hay razón para creer que ninguna de las estatuas haya sido contruida, trozo a trozo, por medio de andamios levantados a su alrededor”, añade muy sugestivamente el escritor, sin explicar *de qué modo* pudieron ser contruidas de otra manera, a menos que hayan sido hechas por gigantes de la misma altura que las estatuas. Dos de las mejores entre estas estatuas colosales se hallan ahora en el Museo Británico. Las estatuas de Rono–roraca son cuatro: tres profundamente enterradas en el suelo, y una descansando de espaldas como un hombre dormido. Sus tipos, aunque todas de cabeza larga, son distintos; siendo evidente que representan retratos, pues las narices, bocas y barbilla difieren mucho en la forma; mientras que una especie de gorro chato, con un aditamento para cubrir la parte posterior de la cabeza, demuestra que los originales no eran salvajes de la edad de piedra. En verdad que puede preguntarse quién las ha hecho; pero no es la Arqueología ni tampoco la Geología la que contestará, aunque esta última reconoce la isla como parte de un continente sumergido.

Pero, ¿Quién talló las estatuas aún más colosales de Bamián, las más altas y gigantescas del mundo entero? Porque la “Estatua de la Libertad” de Bartholdi, ahora en Nueva York, es enana comparada con la mayor de las cinco estatuas. Burnes, y varios sabios jesuitas que han visitado el lugar, hablan de una montaña “toda acribillada a modo de panal de celdas gigantescas”, con dos gigantes inmensos tallados en la roca. Se refiere a los Miaotse modernos (*vide supra* la cita de Shoo-King), los últimos testigos supervivientes de los Miaotse que “turbaron la tierra”. Los jesuitas tienen razón, y los arqueólogos que ven Buddhas en las más grandes de estas estatuas se equivocan. Pues todas estas innumerables ruinas gigantescas que se descubren unas tras otras en nuestros días, todas esas inmensas avenidas de ruinas colosales que cruzan la América del Norte a lo largo y más allá de las Montañas Rocosas, son obra de los Cíclopes, los gigantes verdaderos y efectivos de antaño. “Masas de huesos humanos enormes” se han encontrado “en América, cerca de Munte (¿)”, nos dice un célebre viajero moderno, precisamente en el sitio señalado por la tradición local como el lugar donde desembarcaron aquellos gigantes que invadieron América cuando apenas acababa de levantarse sobre las aguas.

Las tradiciones de Asia Central dicen lo mismo de las estatuas de Bamián. ¿Qué son ellas y qué es el sitio en donde han estado por edades incontables, desafiando



los cataclismos a su alrededor, ya hasta la mano del hombre, como, por ejemplo, las hordas de Timoor y los vándalos guerreros de Nadir Shah? Bamián es una pequeña ciudad, miserable, medio arruinada, del Asia Central, a la mitad de camino entre Cabul y Balkh, al pie del Koh-i-baba, montaña enorme del Paropamis, o cordillera del Indo-Kush, a unos 8.500 pies sobre el nivel del mar. En los viejos tiempos, Bamián era parte de la antigua ciudad de Djooljool, arruinada y destruida, hasta la última piedra, por Tchengis-Khan en el siglo XIII. Todo el valle está cercado por rocas colosales, llenas de cuevas y grutas, en parte naturales y en parte artificiales, que fueron una vez la morada de monjes budhistas que habían establecido en ellas sus Vihâras. Tales Vihâras se encuentran a profusión, hasta hoy, en los templos cortados en la roca de la India, y en los valles de Jelalabad. Frente a alguna de estas cuevas se han descubierto cinco estatuas enormes –que se consideran como de Buddha- o más bien han sido *redescubiertas* en nuestro siglo; pues el famoso viajero chino Hiouten Thsang habla de haberlas visto, cuando visitó Bamián en el siglo VII.

La afirmación de que no existen estatuas mayores en todo el globo, se prueba fácilmente con el testimonio de todos los viajeros que las han examinado y medido. Así resulta, que la mayor tiene 173 pies de alto, o sea *setenta* pies más que la “estatua de la Libertad” de Nueva York; toda vez que esta última sólo mide 105 pies o 34 metros de altura. El mismo coloso de Rodas, entre cuyas piernas pasaban con facilidad los mayores barcos de entonces, sólo tenía de 120 a 130 pies de alto. La segunda gran estatua, que como la primera está tallada en la roca, tiene solamente 120 pies, o sea 15 más que la mencionada de la “Libertad”. La tercera estatua sólo tiene 60 pies, y las otras dos son aún más pequeñas, siendo la última un poco más alta que el término medio de los hombres altos de nuestra Raza actual. El primero y más grande de los colosos, representa a un hombre envuelto en una especie de “toga”; Mr. de Nadeylac cree que la apariencia general de la figura, las líneas de la cabeza, el ropaje, y especialmente las grandes orejas colgantes, son indicaciones innegables de que se pretendía representar a Buddha. Pero realmente ellas no prueban nada. A pesar del hecho de que la mayoría de las figuras que hoy existen de Buddha, representado en la postura de Samâdhi, tienen grandes orejas colgantes, ésta es una innovación y pensamiento posteriores. La idea primitiva era debida a una alegoría esotérica. Las orejas grandes no naturales, simbolizan la omnisciencia de la sabiduría, y tenían por objeto hacer recordar el poder de Aquel que todo lo sabe y todo lo oye, y a cuyo benévolo amor y atención por todas las criaturas, nada puede escapar. Según dice una Sloka: *El Señor misericordioso, nuestro Maestro, oye el grito de agonía de los más pequeños de los pequeños, y corre a su socorro.*



Gautama Buddha era un indo-ario, y sólo entre los birmanos y siameses mogoles, que, como en Cochín, se desfiguran las orejas, es donde se ve algo que se parezca a aquellas orejas. Los monjes budhistas, que transformaron las grutas de los Miaotse en celdas y Vihâras, entraron en el Asia Central en el primer siglo, o cosa así, de la Era cristiana. Por eso Hiouen Tshang, hablando de la estatua colosal, dice que “el brillo de los ornamentos de oro que cubrían a la estatua” cuando él la vio, “deslumbraba la vista”; pero de tales dorados no se ven ni vestigios en los tiempos modernos. El ropaje, en contraste con la figura misma, que está labrada en la roca, está hecho de yeso y moldeado sobre la imagen de piedra. Talbot, que hizo un examen de los más minuciosos, averiguó que este ropaje pertenecía a una época muy posterior. Por consiguiente, hay que señalar a la estatua misma un tiempo muy anterior al Buddhismo. En tal caso ocurre preguntar: ¿A quién representa?.

Otra tradición, que se halla corroborada por anales escritos, contesta a la pregunta y explica el misterio. Los Arhats y Ascetas budhistas encontraron las cinco estatuas, y muchas más que ahora están destruidas. Tres de ellas, que estaban de pie en nichos colosales a la entrada de sus moradas futuras, fueron cubiertas con yeso, y, sobre las estatuas antiguas, modelaron otras nuevas que representan al Señor Tathâgata. Las paredes interiores de los nichos están cubiertas hasta hoy día con pinturas brillantes de figuras humanas, y la imagen sagrada de Buddha está reproducida en todos los grupos. Estos frescos y ornamentos, que hacen recordar el estilo de pintura bizantino, son todos debidos a la piedad de los monjes ascetas, así como también otras figuras menores y adornos labrados en la roca. **Pero las cinco estatuas son obra de los iniciados de la Cuarta Raza, quienes, después de la sumersión de su continente, se refugiaron en los desiertos y en las cumbres de las montañas del Asia Central. Así pues, las cinco estatuas son anales imperecederos de la Enseñanza Esotérica, respecto de la evolución gradual de las razas.**

La más grande representa la Primera Raza de la especie humana, cuyo cuerpo etéreo está así conmemorado en la piedra dura, imperecedera, para instrucción de las generaciones futuras; pues de otro modo su recuerdo no hubiera nunca sobrevivido al Diluvio Atlántico. La segunda, de 120 pies de alto, representa al Nacido del Sudor; y la tercera, que mide 60 pies, inmortaliza a la Raza que cayó, inaugurando así la primera Raza *física*, nacida de padre y madre, cuyos últimos descendientes se hallan representados en las estatuas encontradas en la Isla de Pascua. Estos descendientes sólo tenía de 20 a 25 pies de estatura en la época en que la Lemuria fue sumergida, después de haber sido casi destruida por fuegos volcánicos. La Cuarta Raza fue aún más



pequeña, aunque gigantesca en comparación con nuestra Raza Quinta actual, y la serie termina finalmente con esta última.

Estos son, pues, los “Gigantes” de la antigüedad, los Gibborim ante y post-diluvianos de la *Biblia*. Vivieron y florecieron ellos hace un millón de años, y no tres o cuatro mil solamente. Los Anakim de Josué, cuyas huestes eran como “Langostas” en comparación de los judíos, son, pues, una fantasía israelita, a menos que, verdaderamente, el pueblo de Israel, pretenda para Josué una antigüedad y un origen en el período Eoceno, o cuando menos Mioceno, y cambien los milenios de su cronología en millones de años.

En todo lo que se refiere a tiempos prehistóricos, el lector debe tener presente las sabias palabras de Montaigne. He aquí lo que dice el gran filósofo francés:

Es una necia presunción desdeñar y condenar por falso lo que a nosotros nos parezca que no debe ser verdad; lo cual es una falta común en aquellos que están persuadidos que valen más que el vulgo...

La razón me ha enseñado que el condenar resueltamente una cosa por falsa e imposible es pretender apropiarse el privilegio de poner coto y límites a la voluntad de Dios, y sujetar el poder de nuestra madre común la Naturaleza a él unida; y no existe en el mundo una necesidad mayor que tratar de reducirlos a la medida de nuestra capacidad y a los límites de nuestra suficiencia...

Si llamamos monstruos o milagros a lo que nuestra razón no puede alcanzar, ¿cuántas cosas de este género no se presentan diariamente a nuestra vista? Detengámonos a considerar a través de cuántas nebulosidades, y cuán ciegamente, somos conducidos al conocimiento de la mayoría de lo que pasa por nuestras manos; a la verdad, veríamos que la costumbre, más bien que la ciencia, es la que da la rareza; y que si nos presentasen de nuevo esas cosas, las consideraríamos tanto o más improbables e increíbles que otras cualesquiera (*Essays*, XXVI).

El sabio que sea justo, antes de negar la posibilidad de *nuestra* historia y anales, debiera buscar en la historia actual, así como en las tradiciones universales esparcidas en la literatura antigua y moderna, las huellas dejadas por estas razas maravillosas primitivas. Pocos entre los incrédulos sospechan los tesoros de evidencia corroboradora que se pueden encontrar, esparcidos y enterrados, sólo en el mismo Museo Británico. Se ruega al lector que eche una ojeada más al asunto de que estamos tratando, en la Sección que sigue. (D.S. III, 550-567).

. . . La Tercera Raza desarrolló al principio una clase de habla que sólo era un ligero proceso sobre los diversos sonidos de la Naturaleza, sobre el grito de



los insectos gigantes y de los primeros animales, que apenas habían principiado sin embargo su aparición, en los días del “Nacido del Sudor” o de la *primitiva* Tercera Raza. En su segunda mitad, cuando el “Nacido del Sudor” dio nacimiento al “Nacido del Huevo”, la Tercera Raza *media*, y cuando esta, en lugar de “empollar”, como seres andróginos, principió a separarse en machos y hembras; cuando la misma ley de evolución las llevó a producir sexualmente su especie – acto que obligó a los dioses Creadores, impulsados por la ley kármica, a encarnar en hombres *sin mentes*- sólo entonces se desarrolló el habla. Pero aun entonces, no fue esto más que una tentativa. Toda la Raza humana sólo tenía en aquel tiempo “un habla y un labio”. Esto no impidió que las dos últimas sub-razas de la Tercera Raza construyeran ciudades y sembrasen por todas partes las primeras semillas de la civilización, bajo la dirección de sus Instructores Divinos y de sus propias mentes ya despiertas. **El lector debe tener presente también, que así como cada una de las siete Razas se divide en cuatro Edades: de Oro, de Plata, de Bronce y de Hierro, lo mismo sucede con la más pequeña división de dichas Razas. Idioma monosilábico: el de los primeros seres humanos casi completamente desarrollados al final de la Tercera Raza Raíz**, los hombres de “color dorado”, de complexión amarilla, después de su separación de sexos y del despertar completo de sus mentes. Antes de eso, se comunicaban por lo que ahora se llamaría “transferencia del pensamiento”, aunque, exceptuando la Raza llamada los “hijos de la Voluntad y del Yoga” –los primeros en quienes habían encarnado los “Hijos de la Sabiduría”- el pensamiento estaba muy poco desarrollado en el hombre físico naciente, y nunca se elevaba más allá de un nivel terrestre inferior. Sus cuerpos físicos pertenecían a la Tierra, y sus Mónadas permanecían en el plano superior. El lenguaje no podía desarrollarse bien, antes de la completa adquisición y desenvolvimiento de sus facultades razonadoras. Este idioma monosilábico fue el padre vocal, por decirlo así, de las lenguas monosilábicas mezcladas con consonantes duras, que todavía se usan entre las razas amarillas, conocidas de los antropólogos (Las razas amarillas presentes descienden, sin embargo, de las primeras ramas de la Cuarta Raza. Los únicos descendientes *puros* y *directos* de la Tercera son, como antes se dijo, una parte de los caídos y degenerados australianos, cuyos remotos antecesores pertenecieron a una división de la séptima sub-raza de la Tercera Raza. Los demás son descendientes de Lemuro–Atlantes mezclados. Desde aquel tiempo han cambiado por completo en estatura y capacidades intelectuales). (D.S. III, 330-331).

. . . Es muy curioso que Cosme Indicoplesta, que vivió en el siglo VI después de Jesucristo, haya sostenido siempre que el hombre nació y habitó primeramente en un país “más allá del Océano”, de cuyo aserto le había dado prueba en la India un sabio caldeo. Dice él:



Las tierras en que vivimos están rodeadas por el Océano, pero más allá de este Océano hay otro país que toca a las paredes del firmamento; y en esta tierra fue donde el hombre fue creado y vivió en el Paraíso. Durante el Diluvio, Noé fue llevado en su arca a la tierra en que ahora habita su posteridad (Cosme Indicoplesta, en *Collect. Novâ Patrum*, tomo II, pág. 188; véase también *Journal des Savants*, sup. 1707, pág. 20).

El Caballo de doce patas de Huschenk fue encontrado en el continente llamado la “isla seca”.

La “Topografía Cristiana” de Cosme Indicoplesta, y sus méritos, son bien conocidos; pero en este punto el buen padre repite una tradición universal, la cual, por otra parte, ha sido ahora corroborada por los hechos. Todos los viajeros árticos sospechan la existencia de un continente o “tierra seca” más allá de la línea de los hielos eternos. Quizás sea ahora más comprensible el significado del siguiente pasaje de uno de los Comentarios:

En los primeros comienzos de la vida [humana], la única tierra seca estaba en el extremo (Los dos Polos son llamados el “extremo de la derecha y el extremo de la izquierda” de nuestro Globo –siendo el de la derecha el Polo Norte– o la cabeza y los pies de la Tierra. Toda acción benéfica (astral y cósmica) viene del Norte; toda influencia letal, del Polo Sur. Están muy relacionados con la magia de la “derecha” y de la “izquierda”, en las que influyen) *de la, derecha dé la Esfera, en donde está inmóvil el [Globo]* (Cuando más se aproxima uno al Polo, menos rotación siente; en los Polos propiamente dichos, la revolución diurna está neutralizada, y de aquí la expresión de que la Esfera está “inmóvil”). *Toda la tierra era un vasto desierto de agua, y el agua era tibia... Allí nació el hombre, en las siete zonas del lugar inmortal e indestructible, del Manvantara* (En Ocultismo se afirma que la tierra o isla que corona el Polo Norte como un casquete es la única que permanece inalterable durante todo el Manvantara de nuestra Ronda. Todos los continentes y tierras centrales surgirán del fondo de los mares, por turno muchas veces, pero esta tierra no cambiará nunca). *Existía allí una primavera eterna en la obscuridad. [Pero] lo que es obscuridad para el hombre de hoy, era luz para el hombre en su aurora. Allí reposaban los Dioses y allí Fohat* (Téngase presente que el nombre Védico y Avestaico de Fohat es Apâm–Napât. En el *Avesta* está entre los Yazatas del Fuego y los Yazatas del Agua. El significado literal es “Hijo de las Aguas”; pero estas “Aguas” no son las líquidas que conocemos, sino el Æther, las Aguas Ígneas del Espacio. Fohat es el “Hijo del Æther” en su aspecto más elevado; Âkâsha, el Padre–Madre de los Siete primitivos, y del Sonido o el Logos. Fohat es la Luz del Logos) *reina desde entonces... Por esto dicen los sabios Padres que el hombre nació en la cabeza de su Madre [la Tierra], y que sus pies [de la tierra] en el extremo de la izquierda generaron [engendraron] los vientos perniciosos que soplan de la boca del Dragón inferior... Entre la Primera y la Segunda [Razas] la [Tierra] Central Eterna fue dividida por el Agua de la Vida* (Esta “Agua” es la sangre o fluido de la Vida que anima a la Tierra, comparada aquí a un cuerpo vivo).

Ésta fluye alrededor de su cuerpo [el de la Madre Tierra] y lo anima. Uno de sus extremos surge de su cabeza; a sus pies [el Polo Sur] se vuelve impura. Se purifica



[a su vuelta] en su corazón, que late bajo el pie de la sagrada Shamballa, que no había nacido entonces [en el principio]. Pues en el cinturón de la morada del hombre [la Tierra] es donde se encuentra oculta la vida y la salud de todo el que vive y alienta (La enseñanza Oculta corrobora la tradición popular que asegura la existencia de una Fuente de la Vida en las entrañas de la Tierra y en el Polo Norte. Es la Sangre de la Tierra, la corriente electromagnética que circula por medio de todas las arterias, y la cual se dice se encuentra acumulada en el “omblico” de la Tierra). *Durante la Primera y Segunda [Razas] el cinturón estaba cubierto por las grandes aguas. [Pero] la gran Madre trabajaba bajo las olas, y una nueva tierra se unió a la primera, que nuestros sabios llaman la cofia [el gorro]. Trabajó aún más para la Tercera [Raza] y su cintura y ombligo aparecieron sobre el agua. Era el cinturón, el sagrado Himavat, que se extiende alrededor del Mundo* (El Ocultismo señala a la Cordillera de los Himalayas como siendo este “cinturón”, y sostiene que ya sea bajo el agua o por encima, rodea el Globo. El *ombligo* se dice situado hacia el Sol poniente o al Oeste del Himavat, en donde están los cimientos del Meru, cuya montaña está al Norte de los Himalayas. El Meru no es “la montaña fabulosa en el ombligo o centro de la Tierra”; pero sus raíces o cimientos están en ese “omblico”, al paso que se halla en el lejano Norte mismo. Esto la relaciona con la comarca “Central” que “nunca perece”; la región en la cual “el día del mortal dura seis meses y la noche otros seis”. Según lo expresa el *Víshnu Purâna*: “Para el Norte del Meru existe, por tanto, siempre la noche, mientras es de día en otras regiones; pues el Meru está al Norte de todos los *dvipas* y *varshas*” (islas y países). El Meru, por tanto, no está en el Atlas como sugiere Wilford, ni tampoco como Wilson quiere indicar, “absolutamente en el Centro del globo”, sólo porque “lo está relativamente para los habitantes de las diversas partes, para quienes el Oriente es aquel lugar por donde el Sol aparece primero...” (vol. II, pág. 244). *Se rompió hacia el Sol poniente, desde su cuello* (Hasta los Comentarios no se abstienen de la metáfora Oriental. El Globo se representa como el cuerpo de una mujer, la “Madre Tierra”. Desde su cuello hacia abajo, significa desde el mar interior que se halla ahora más allá de la infranqueable barrera de hielo. La Tierra, según dice Parâshara, “es la madre y la nodriza, aumentada con todas las criaturas y sus cualidades, la comprensiva de todos los mundos”) *abajo [hacia el Sudoeste] en muchas tierras e islas, pero la Tierra Eterna [el gorro] no se rompió. Tierras secas cubrieron la faz de las aguas silenciosas en los cuatro lados del Mundo. Todas éstas perecieron [a su vez]. Luego apareció la mansión de los malvados [la Atlántida]. La Tierra Eterna estaba entonces oculta, pues las aguas se solidificaron [se helaron] bajo el aliento de sus narices y los malos vientos de la boca del Dragón, etc.*

Esto indica que el Asia Septentrional es tan antigua como la Segunda Raza. Puede decirse hasta que el Asia es contemporánea del hombre, puesto que desde el principio mismo de la vida humana existía ya su Continente Fundamental, por decirlo así, y la parte del mundo conocida ahora por Asia sólo fue separada de él en tiempos posteriores, y dividida por las aguas glaciales.

Por tanto, si entendemos correctamente la enseñanza, el primer Continente que vino a la existencia cubrió todo el Polo Norte como una corteza continua, y así sigue



hasta hoy, más allá de aquel mar interior que parecía como un *espejismo* inalcanzable a los pocos viajeros árticos que lo percibieron.

Durante la Segunda Raza surgieron más tierras de debajo de las aguas, como una continuación de la “cabeza” desde el “cuello”. Principiando en ambos hemisferios, en la línea por encima de la parte más al Norte del Spitzbergen (Pues las Estancias llaman a esta localidad por un nombre que en el Comentario está traducido como *un lugar sin latitud* (Niraksha), la Mansión de los Dioses. Como dice un escoliador en el *Sûrya Siddhânta* (XII, 42–44):

“Sobre ellas marcha el sol cuando está situado en los equinoccios; no tienen sombra equinoccial ni elevación del polo (*akshonnati*).

“En ambas direcciones desde el Meru, hay dos estrellas polares (*dhruvatârâ*); fijas en medio del firmamento para los que están situados en lugares sin latitud (*niraksha*), las dos tienen su sitio en el horizonte.

“De aquí que no haya, en aquellas ciudades [en aquella tierra], elevación de los polos, por estar las dos estrellas polares situadas en su horizonte; pero sus grados de colatitud (*lambaka*) son noventa; en el Meru, los grados de latitud (*aksha*) son en el mismo número”. (Véase *Vishnu Purâna*, trad. de Wilson, II, 208), en la proyección de Mercator hacia nuestro lado, pudo haber incluido por el lado de América las localidades que ahora están ocupadas por la Bahía de Baffin y las islas y promontorios vecinos. Allí, apenas alcanzó, hacia el Sur, el grado setenta de latitud; *aquí* formó el continente en forma de herradura de que habla el Comentario; de cuyos dos extremos, uno incluía la Groenlandia con una prolongación que cruzaba el grado cincuenta un poco al Sudoeste, y el otro Kamschatka, estando unidos los dos extremos por lo que ahora es la franja Norte de las costas de la Siberia oriental y occidental. Esto se rompió en pedazos y desapareció. En los primeros tiempos de la Tercera Raza se formó la Lemuria. Cuando, a su vez, fue destruida, apareció la Atlántida. (D.S. III, 664-669).

. . . De las anteriores especulaciones, la única de algún valor es la que se refiere a la Lemuria, que *fue* la cuna de la humanidad – de la criatura física sexual, que se materializó a través de largos evos desde el estado de hermafroditas etéreos. Sólo que si se prueba que la Isla de Pascua es un resto verdadero de la Lemuria, debemos creer, según Hæckel, que los “hombres mudos semejantes a monos” que acababan de descender de un monstruo mamífero brutal, construyeron las estatuas–retratos gigantescas, dos de las cuales están ahora en el Museo Británico. Los críticos se equivocan al llamar a las doctrinas Hæckelianas “abominables, revolucionarias e inmorales” –aunque el materialismo es producto legítimo del mito del mono antecesor–; ellas son simplemente demasiado absurdas para que necesiten impugnación. (D.S. IV, 395-396).



. . . Durante el Terciario, la Tercera Raza casi ha desaparecido por completo, barrida por los espantosos cataclismos geológicos de la Edad Secundaria, dejando sólo tras sí algunas razas híbridas.

La Cuarta nacida millones de años antes (Aun cuando aplicamos el término “verdaderamente humano” sólo a la Cuarta raza-Raíz Atlante, sin embargo, la Tercera Raza es casi humana en su última parte, puesto que durante su quinta sub-raza fue cuando la humanidad se separó sexualmente y cuando *nació el primer hombre* con arreglo al proceso ahora normal. **Este “primer hombre” corresponde, en la Biblia, a Enos o Enoch, hijo de Seth) de que tuvieron lugar los mencionados cataclismos, pereció durante el período Mioceno, cuando la Quinta (nuestra Raza aria) tenía ya 1.000.000 años de existencia independiente.** Cuanta más edad tiene desde su origen, ¿quién lo sabe? Cómo el período histórico principió para los indos Arios con los Vedas para sus multitudes, y mucho antes en los Anales Esotéricos, es inútil establecer aquí paralelos.

Si al período Cuaternario se le conceden 1.500.000 años, entonces sólo pertenece al mismo nuestra Quinta Raza. (D. S. IV, 453-455).

. . . (II) Extracto de *Budismo Esotérico*, página 67, octava edición inglesa.

La Lemuria... no puede confundirse con el continente Atlántida, como Europa no se confunde con América. Ambas se sumergieron y ahogaron con su gran civilización y “dioses”, aunque entre las dos catástrofes transcurrió un período de 700.000 años, floreciendo la Lemuria y terminando su carrera precisamente en el período de tiempo antes de la primera parte del período *Eoceno*, puesto que su raza fue la *tercera*. Contemplad *las reliquias de la que fue una vez gran nación, en algunos de los aborígenes de cabeza achatada de vuestra Australia*. (Véase también *The Mahâtmâ Letters to A. P. Sinnett*, página 151).

Respecto de una civilización anterior, de la cual son el último retoño superviviente, una *parte* de estos australianos degradados, la opinión de Gerland es sumamente sugestiva. Comentando la religión y mitología de las tribus, escribe:

El aserto de que la civilización [?] australiana indica un grado más alto no se prueba en ninguna parte más claramente que aquí [en la cuestión religiosa], donde todo resuena como las voces expirantes de una edad anterior más rica... . La idea de que los australianos no tienen rastro de religión o mitología es completamente falsa. Pero ésta religión está cierta y totalmente desnaturalizada (Citado en *Doctrine of Descent and Darwinism*, de Schmidt, págs. 300-301).



En cuanto a la opinión de Hæckel respecto de la relación entre los australianos y los malayos, como dos ramas de un mismo tronco, está en un error cuando clasifica a los australianos con los demás. Los malayos y papuanos son un linaje *mezclado*, resultante del cruce de las sub-razas inferiores atlantes con la séptima sub-raza de la Tercera Raza–Raíz. Lo mismo que los hotentotes, descienden ellos directamente de los *Lemuro–Atlantes*. Es un hecho de los más sugestivos –para aquellos pensadores concretos que exigen una prueba *física* del Karma– que las razas más inferiores se están extinguiendo rápidamente; fenómeno debido en gran parte a la extraordinaria esterilidad que se apodera de las mujeres desde que por primera vez se ponen en relaciones con los europeos. Un proceso diezmador tiene lugar en todo el Globo entre las razas “cuyo tiempo ha terminado”; entre esos linajes, obsérvese bien, que la Filosofía Esotérica considera como representantes seniles de naciones arcaicas desaparecidas. Es inexacto sostener que la extinción de una raza inferior sea *invariablemente* debida a las crueldades y abusos perpetrados por los colonos. El cambio de alimentación, la embriaguez, etc., han hecho mucho; pero los que toman semejantes causas como una explicación por completo suficiente del problema no pueden hacer frente al cúmulo de hechos que tan compactos se presentan ahora. Hasta el mismo materialista Lefèvre dice:

Nada puede salvar a aquellos que han terminado su carrera. Sería necesario prolongar su ciclo de destino... Los pueblos que relativamente se han conservado más, los que se han defendido más valerosamente, Hawaianos o Maoríes, no han sido menos diezmados que las tribus destruidas o corrompidas por la intrusión europea (*Philosophy Historical and Critical*, pág. 508).

Cierto; ¿pero no es el fenómeno, aquí confirmado, un ejemplo de la operación de la Ley Cíclica, difícil de explicar en sentido materialista? ¿De dónde procede el “ciclo de destino” y el orden que aquí se atestigua? ¿Por qué esta esterilidad (Kármica) ataca y hace desaparecer a ciertas razas a su “hora debida”? La contestación de que es debido a una “desproporción mental” entre las razas colonizadoras y las aborígenes, es claramente evasiva, puesto que no explica la “interrupción repentina de la fertilidad” que tan frecuentemente acontece. La extinción de los hawaianos, por ejemplo, es uno de los problemas más misteriosos del día. La Etnología tendrá que reconocer, más tarde o más temprano, con los ocultistas, que la verdadera solución hay que buscarla en una comprensión del modo de obrar del Karma. . . (D.S. IV, 563-566).

. . . Los estudiantes de la ciencia Esotérica, que saben lo que realmente eran los recursos del sacerdocio egipcio, no necesitan estas laboriosas hipótesis. Además, al paso que un teórico de imaginación siempre puede encontrar una solución



razonable a problemas que, en una rama de la Ciencia, parecen necesitar la hipótesis de cambios periódicos causados por cataclismos sobre la superficie de nuestro planeta, el crítico imparcial, que no es especialista, reconocerá la inmensa dificultad de desechar fundadamente tradicionales, botánicas y hasta biológicas, en favor de continentes anteriores ahora sumergidos. Cuando cada ciencia lucha por su lado, la fuerza acumulada de la prueba se pierde casi invariablemente de vista.

En *The Theosophist*, hemos escrito:

Tenemos como testimonio las más antiguas tradiciones de diversos y muy distanciados pueblos: leyendas de la India, de la antigua Grecia, Madagascar, Sumatra, Java y todas las principales islas de la Polinesia, así como las leyendas de ambas Américas. Entre los salvajes, y en las tradiciones de la literatura más rica del mundo (la literatura Sánscrita de la India), hay acuerdo en decir que, hace edades, existía en el Océano Pacífico un gran Continente que una vez fue tragado por el mar en un levantamiento geológico (Para las opiniones de Jacolliot, después de largos viajes a través de las islas Polinesias, y sus pruebas de un gran cataclismo geológico anterior en el Océano Pacífico, véase su *Histoire des Vierges; les peuples et les Continents Disparus*, pág. 308) [Lemuria]. Y es nuestra firme creencia...que la mayor parte, si no todas las islas, desde el archipiélago Malayo a la Polinesia, son fragmentos de aquel inmenso Continente sumergido. Tanto Malaca como la Polinesia, que se hallan a los dos extremos del Océano, y que, desde que existe memoria del hombre, no han tenido ni han podido tener nunca relación entre sí, ni siquiera conocimiento de su respectiva existencia, tienen, sin embargo, la tradición común en el Mar; que en el mundo no había más que dos inmensos continentes, uno habitado por hombres amarillos, y otro por hombres morenos; y que el Océano, por orden de los Dioses, y para castiga por sus luchas incesantes, los tragó. A pesar del hecho geográfico de que Nueva Zelanda, las islas Sandwich y las de Pascua se hallan entre sí a una distancia de 800 a 1.000 leguas, y que, según todos los testimonios, ni éstas, ni ninguna isla intermedia, como por ejemplo, las islas Marquesas, las de la Sociedad, Fiji, Tahitianas, Samoanas y otras, podían, desde que se convirtieron en islas, e ignorantes de la brújula como eran sus pobladores, haberse comunicado entre sí antes de la llegada de los europeos; sin embargo, cada una y todas sostienen que sus respectivos países se extendían a lo lejos hacia occidente, por el lado del Asia. Además, con cortas diferencias, todas hablan dialectos que provienen evidentemente del mismo idioma, y se entienden con poca dificultad, tienen las mismas creencias religiosas y supersticiones, y casi las mismas costumbres. Y como pocas de las islas Polinesas fueron descubiertas antes de hace un siglo, y el mismo Océano Pacífico era desconocido para Europa hasta los días de Colón; y estos isleños no han cesado nunca de repetir las mismas antiguas tradiciones desde que los europeos pisaron por primera vez sus costas, nos parece una más a la verdad que otra cualquiera deducción lógica que nuestra teoría se aproxima más a la verdad que otra cualquiera. La casualidad tendría que cambiar de nombre y de significado, si todo esto fuera debido sólo a la casualidad (Agosto 1880, pág. 279).



El profesor Schmidt, escribiendo en defensa de la hipótesis de una Lemuria anterior, declara:

Una gran serie de hechos geográfico–animales se explica sólo por la hipótesis de la existencia anterior de un Continente Meridional, del cual es la Australia un resto... [La distribución de especies] señala la tierra desaparecida del Sur, como el paraje donde quizá deba buscarse también la morada de los progenitores de los Maki de Madagascar (*Doctrine of Descent and Darwinism*, págs. 236, 237. Véanse también sus extensos argumentos sobre el asunto, págs. 231–235).

Mr. A. R. Wallace; en su *Malay Archipelago*, llega a la conclusión siguiente, después de revisar la suma de pruebas disponibles:

La deducción que debemos sacar de estos hechos es, indudablemente, que todas las islas hacia el Este, más allá de Java y Borneo, forman esencialmente parte de un Continente Australiano o Pacífico anterior, aunque algunas de ellas puede que no hayan estado unidas a él. Este continente debió de hacerse pedazos, no sólo antes de que las Islas Occidentales se separaran del Asia, sino probablemente antes de que la parte extrema oriental del Sur de Asia se elevase sobre las aguas del Océano, pues una gran parte de la tierra de Borneo y Java se sabe que es geológicamente de formación por completo reciente (*Ob. cit.*, I, 22–23, ed. 1869).

Según Hæckel:

Probablemente el Asia Meridional misma no fue la primera cuna de la raza humana, sino la Lemuria, un continente que existió al Sur de Asia y que se hundió más tarde bajo la superficie del Océano Índico (*Pedigree of Man*, pág. 73).

En un sentido, Hæckel tiene razón respecto de la Lemuria, la “cuna de la raza humana”. Ese continente *fue* la morada del primer tronco humano *físico*, la Tercera Raza posterior de Hombres. Antes de esa época, las Razas estaban mucho menos consolidadas y eran fisiológicamente muy distintas. Hæckel extiende la Lemuria desde la *Isla de la Sonda al África y Madagascar*, y hacia el Este a la *India superior*.

El profesor Rüttimeyer, el eminente paleontólogo, dice:

¿Es necesario que la conjetura de que los marsupiales casi exclusivamente graminívoros e insectívoros, perezosos, armadillos, hormigueros y avestruces, poseyeran una vez un verdadero punto de unión en un Continente Meridional, del cual fuesen restos la flora presente de la Tierra del Fuego y la de Australia; es necesario que esta conjetura presente dificultades en el momento en que Heer restablece a nuestra vista, de sus restos fósiles, los antiguos bosques Sound de Smith, y Spitzbergen? (Citado en *Doctrine of Descent and Darwinism*, de Schmidt, pag. 238).

Habiendo ya tratado de un modo general de la situación científica principal sobre las dos cuestiones, sería quizá de una brevedad conveniente que reuniésemos los



hechos aislados más culminantes en favor de ese debate fundamental de los etnólogos esoteristas: la realidad de la Atlántida. La Lemuria es tan generalmente aceptada, que consideramos inútiles más demostraciones. . . (D.S. IV, 577-581).

. . . Los “hombres” de la Tercera Raza (los que se separaron) eran “Dioses” por su espiritualidad y su pureza, si bien carecían de sentido, y como hombres, estaban aun desprovistos de razón.

Estos “hombres” de la Tercera Raza, los antepasados de los Atlantes, eran precisamente unos gigantes tan parecidos a monos y tan sin sentido intelectualmente, como aquellos seres que durante la Tercera Ronda representaron a la humanidad. Estos “hombres” de la Tercera Raza, moralmente irresponsables, fueron los que por conexión promiscua con especies animales inferiores a ellos, dieron origen a aquel eslabón perdido, que en épocas posteriores (en el periodo terciario tan solo) se convirtió en el antecesor remoto del verdadero mono, tal como lo encontramos ahora en la familia pitecoide. Si se encuentra que esto choca con la afirmación que presenta al animal después que al hombre, entonces se pide al lector reflexione que tan solo se hace referencia a los *mamíferos placentarios*. En aquellos días existían animales con los que ni siquiera hoy sueña la zoología; y los *modos de reproducción no eran idénticos* a las nociones que la fisiología moderna posee acerca del asunto. No es conveniente ocuparse de semejantes cuestiones en público, pero no existe contradicción ni imposibilidad ninguna en esto, sea cual fuere.

Así es que las primeras enseñanzas, por poco satisfactorias, vagas y fragmentarias que hayan sido, no exponen la evolución del “hombre” desde el “mono”, ni el autor del *Esoteric Buddhism* lo asegura con semejantes palabras en ninguna parte de su obra; pero, debido a su inclinación a la ciencia moderna, emplea un lenguaje que puede justificar quizás tal deducción. El hombre que precedió a la Cuarta Raza, la Atlante, por grande que haya sido su semejanza física con un “mono gigantesco” – remedo del hombre que no posee la vida humana–, era ya, sin embargo, un hombre que hablaba y que pensaba. La raza “Lemuro-Atlante” era altamente civilizada; y si se acepta la tradición, que como historia es superior a la ficción especulativa que hoy pasa como historia, aquella raza alcanzó un estado superior al nuestro, a pesar de todas nuestras ciencias y de la civilización degradada del día; de todos modos, así era el Lemuro-Atlante, a la conclusión de la Tercera Raza. (D.S. I, 347-348).



. . . Existen cuatro grados de iniciación mencionados en las obras exotéricas, los cuales son respectivamente conocidos en sánscrito como Srotapanna, Sakridagamin, Anagamin y Arhat; teniendo las mismas denominaciones, en esta nuestra Cuarta Ronda, los Cuatro Senderos que conducen al Nirvana. El Arhat, si bien puede contemplar el Pasado, el Presente y el Futuro, no es todavía el más alto Iniciado; pues el Adepto mismo, el candidato *iniciado*, se convierte en Chela (discípulo) de un Iniciado más elevado. Tres grados superiores más le quedan por conquistar al Arhat que quiera alcanzar la cúspide de la escala del Arhatado. Los hay que aun lo han alcanzado en esta nuestra Quinta Raza; pero las facultades necesarias para lograr estos grados más elevados, tan solo se encontraran plenamente desarrolladas en el tipo general del asceta, al final de esta Raza Raíz, y en las Sexta y Séptima. Así es que existirán siempre Iniciados y Profanos hasta el final de este Manvantara menor, el presente Ciclo de Vida. Los Arhats de la “Niebla de Fuego” los del séptimo peldaño se hallan tan solo a un paso de la Raíz Fundamental de su Jerarquía, la más elevada que existe en la Tierra y en nuestra Cadena Terrestre. Esta “Raíz Fundamental” tiene un nombre que puede ser traducido tan solo por medio de varias palabras: el “Baniano-Humano siempre Viviente”. Este “Ser Maravilloso” descendió de una “elevada región” –dicen– durante la primera porción de la Tercera Época, antes de la separación de sexos en la Tercera Raza.

A esta Tercera Raza se la llama algunas veces, colectivamente, los “Hijos del Yoga Pasivo”; o sea que fue producida inconscientemente por la segunda Raza, la cual, como era intelectualmente inactiva, se supone permanecía constantemente sumida en una especie de contemplación abstracta o vacía, como la que requieren las condiciones del estado Yoga. En el primer tiempo de la existencia de esta Tercera Raza, cuando se hallaba todavía en estado de pureza, los “Hijos de la Sabiduría”, que, como se verá, encarnaron en esta Tercera Raza, produjeron por Kriyashakti una generación llamada los “Hijos de Ad”, o “de la Niebla de Fuego”, los “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, etc. Ellos eran un producto consciente; pues una porción de la Raza se hallaba animada ya con la chispa divina de una inteligencia espiritual y superior. Esta generación no era una Raza. Era al principio un Ser Maravilloso, llamado el “Iniciador”, y después de él un grupo de Seres semi-humanos, semi-divinos. “Elegidos” en la *génesis* arcaica con ciertos propósitos, se dice que en ellos encarnaron los más elevados Dhyanis –“Munis y Rishis de Manvantaras anteriores”–, para formar el semillero de futuros Adeptos humanos, en esta tierra y durante el Ciclo presente. Estos “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, nacidos, por decirlo así, de un modo inmaculado, permanecieron, según se explica, aparte por completo del resto de la humanidad.



El “Ser” al cual se acaba de hacer referencia, y que tiene que permanecer innominado, es el *Árbol* del cual, en épocas subsiguientes, se han ramificado todos los grandes Sabios y Hierofantes *históricamente* conocidos, tales como el Rishi Kapila, Hermes, Enoch, Orfeo, etc., etc. Como *hombre* objetivo, él es el misterioso (para el profano, el siempre invisible, y sin embargo siempre presente). Personaje acerca del cual abundan las leyendas en Oriente, en especial entre los ocultistas y los estudiantes de la Ciencia Sagrada. Él es quien cambia de forma, y sin embargo, permanece siempre el mismo. Y él es, además, el que posee la autoridad espiritual sobre todos los Adeptos *iniciados* que en el mundo entero existen. Él es, como se ha dicho, el “Sin Nombre” que tantos nombres posee, y cuyo nombre y naturaleza son sin embargo desconocidos. El es el “Iniciador”, llamado la “GRAN VICTIMA”. Porque, sentado en los Umbrales de la Luz, la contempla desde el círculo de Tinieblas que no quiere cruzar; ni abandonara su puesto hasta el Día postrero de este Ciclo de Vida. ¿Flor que permanece el Solitario Vigilante en el puesto por el escogido? ¿Por qué permanece sentado junto a la Fuente de la Sabiduría Primordial, en la cual no bebe ya, puesto que nada tiene ya que aprender que no sepa, ni en esta tierra ni en sus Cielos? Porque los solitarios Peregrinos cuyos pies sangran de vuelta a su Hogar, jamás se hallan seguros, hasta el último momento, de no perder su camino en este desierto sin límites de la ilusión y de la materia, llamado la Vida Terrena. Porque quiere gustoso mostrar el camino hacia aquella región de libertad y de luz, de la cual es desterrado voluntario, a todos los prisioneros que han logrado libertarse de los lazos de la carne y de la ilusión. Porque, en una palabra, él se ha sacrificado por la humanidad aunque tan solo unos pocos elegidos podrán aprovecharse del GRAN SACRIFICIO.

Bajo la dirección silenciosa y directa de este MAHA-GURU, todos los demás Maestros e Instructores menos divinos de la humanidad, se convirtieron, desde el despertar primero de la conciencia humana, en los guías de la humanidad primitiva. Gracias a estos “Hijos de Dios”, aquella humanidad infantil obtuvo sus primeras nociones de todas las artes y ciencias, lo mismo que las del conocimiento espiritual; y Ellos fueron quienes colocaron las primeras piedras de los cimientos de aquellas civilizaciones que tan cruelmente confunden a nuestras generaciones modernas de escritores y de eruditos.

Quienes pongan en duda esta afirmación, que nos expliquen con fundamentos igualmente razonables el misterio del saber extraordinario poseído por los antiguos, que algunos pretenden se desarrollaron de salvajes abyectos parecidos a animales, los “hombres de las cavernas” de la época paleolítica. Diríjanse por ejemplo a obras tales como las de Vitrubio Polio, de la época de Augusto, sobre



arquitectura, en la cual las reglas de proporción son las *enseñadas antiguamente en las Iniciaciones*, si quieren conocer el arte verdaderamente divino, y comprender *el profundo significado esotérico oculto en cada regla y ley de proporción*. Ningún hombre descendiente de un habitante de las cavernas paleolíticas hubiera podido desarrollar por sí solo una aun a través de milenios de evolución intelectual y pensante. Fueron los discípulos de aquellos Rishis y Devas encarnados de la Tercera Raza-Raíz, los que transmitieron su saber, de una generación a otra, a Egipto y a Grecia, con su *canon de proporción*, en la actualidad perdida; así como los discípulos de los Iniciados de la Cuarta, los atlantes, lo transmitieron a sus Ciclopes, los “Hijos de los Ciclos” o del “Infinito”, de quienes paso el nombre a las generaciones posteriores de sacerdotes gnósticos. (D.S. I, 371-375).